

PRESEN



FUNDADORES Y DIRECTORES DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO (1916-2016)

ADOLFO DE MINGO LORENTE

INTRODUCCIÓN

Este conjunto de artículos sobre los fundadores de la Real Academia y sus directores a lo largo de sus cien años de existencia fueron publicados en el periódico *La Tribuna* entre 2016 y 2017. En ellos se destacó la trascendencia de algunos de los primeros miembros de esta institución, como Francisco de Borja San Román, pionero de los estudios sobre el Greco y referencia de talla internacional por sus hallazgos en los archivos toledanos durante la primera mitad del siglo XX, o el carácter prácticamente desconocido de figuras como el arquitecto Ezequiel Martínez o el escultor Robert Rubió Rosell. Cada texto fue publicado con su correspondiente imagen o fotografía, entre ellas algunos de los retratos que componen la colección de académicos fundadores realizada por el historiador y pintor Rafael Ramírez de Arellano, primer director de la Real Academia toledana.

RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO (1854-1921)

El recuerdo de Rafael Ramírez de Arellano (1854-1921), fundador y primer director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, se mantiene vivo a través de trabajos tan importantes como *Las parroquias de Toledo*, sistemático repaso por el patrimonio artístico de los templos de la ciudad, publicado el mismo año de su muerte y reeditado desde entonces en varias ocasiones. Una placa en la Plaza de Marrón, donde tuvo su residencia, testimonia su labor al frente de la institución durante sus cinco primeros años de andadura.

Nació en la ciudad de Córdoba el 3 de noviembre de 1854, en el seno de una culta familia. Su abuelo, Antonio Ramírez de Arellano, abogado

de los Reales Consejos, formó parte de la Real Asociación Laboriosa de Lucena. Su padre, Teodomiro Ramírez de Arellano, periodista y oficial de la Administración, fue académico correspondiente de la Historia y director de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Rafael Ramírez de Arellano cursó estudios de pintura en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad y los completó en Madrid, bajo la tutela de Federico Madrazo. En 1872, al igual que su padre, ingresó en la Administración del Estado y tuvo destino en distintas ciudades, entre ellas Toledo, donde fue secretario del Gobierno Civil. Sus primeros trabajos estuvieron dedicados a su Córdoba natal y a Ciudad Real. En 1914, con motivo del tercer centenario de Domenikos Theotokopoulos, pronunció un discurso titulado *Góngora y el Greco*. Dos años después, publicó el opúsculo *Nuevas tradiciones toledanas*. En 1921, cuando murió, apareció *Las parroquias de Toledo*, publicado por la imprenta de Sebastián Ramírez.

La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo conserva memoria de su actividad a través de diferentes sesiones académicas, en las que dio lectura a trabajos relacionados con la restauración de las iglesias de San Lucas y San Sebastián, y los inventarios de San Marcos y de Santa Eulalia. Mario Arellano García, uno de los miembros numerarios más veteranos de esta institución, le dedicó su discurso de ingreso a mediados de los años ochenta. Por otra parte, Rafael Ramírez de Arellano pintó al óleo los retratos de todos los académicos fundadores, entre ellos el suyo propio, colección que preside el salón de plenos de la Real Academia en su nueva sede de la Calle de la Plata.

Delegado regio de Bellas Artes en Toledo, perteneció a numerosas instituciones académicas y culturales. Fue numerario de la Real Academia cordobesa y correspondiente de las reales academias de la Historia y de San Fernando, de la sevillana de Buenas Letras y de la de Declamación, Música y Buenas Letras de Málaga. Cronista de Córdoba, fue asimismo miembro de varias comisiones provinciales de monumentos y de las *sociétés hispaniques* de Burdeos, París y Marsella, así como de la *Hispanic Society of America*.

FRANCISCO DE BORJA SAN ROMÁN (1887-1942)

Nació en Ávila el día 12 de enero de 1887, siendo el cuarto hijo de Teodoro de San Román Maldonado y Amparo Fernández Anduaga. Cuando tenía cinco años su familia se trasladó a Toledo debido al destino de su padre, catedrático de Geografía e Historia en el Instituto. Francisco de Borja realizó allí sus primeros estudios, graduándose después como maestro elemental. Su formación académica continuó en Madrid, en cuya Universidad Central se licenció en Filosofía y Letras. Obtuvo el doctorado en 1910, a los 23 años, con una tesis dedicada al Greco en Toledo.

En estos primeros años de actividad profesional fue profesor de música en la Escuela Normal de Toledo y ayudante dentro de la Sección de Letras del Instituto. En 1913 accedió al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, convirtiéndose tres años después en titular de la Biblioteca y Museo Arqueológico de Toledo (situado entonces en San Juan de los Reyes). En 1931, cuando esta institución había sido trasladada ya al actual Museo de Santa Cruz, inició la organización del Archivo Histórico Provincial.

Durante la Guerra Civil fue trasladado a Madrid y posteriormente a Valencia, capital de la República, donde intervino en el rescate de numerosa documentación religiosa y civil irremplazable, entre ella un importante fondo documental de la catedral toledana. Finalizada la guerra regresó a Toledo. Murió en Madrid en el año 1942.

Sus investigaciones, muy amplias, giraron en torno a figuras como Garcilaso de la Vega —de quien descubrió numerosa documentación de interés biográfico—, Lope y sus contemporáneos, como Baltasar Elisio de Medinilla y Tirso de Molina. Sin embargo, el grueso de sus investigaciones —más de sesenta trabajos— tuvo al Greco como protagonista. Varios de estos estudios fueron publicados en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*.

Francisco de Borja de San Román fue uno de los fundadores de esta institución, el 11 de junio de 1916. En ella ejerció como bibliotecario hasta 1933, momento en que sucedió a su padre como director. Ejerció este cargo hasta su fallecimiento, en 1942.

MANUEL TOVAR CONDÉ (1851-1921)

Pese a que desarrolló una gran labor como restaurador en Toledo a finales del siglo XIX —a él se debe el descubrimiento de la milenaria inscripción cúfica de la mezquita del Cristo de la Luz y la rehabilitación de la capilla de San Jerónimo, en las Concepcionistas—, Manuel Tovar Condé (1851-1921) es uno de los fundadores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de los que menos recuerdo se ha conservado en la ciudad de Toledo.

Natural de Sevilla, comenzó su actividad profesional en 1875, trabajando junto al primer restaurador del Museo Arqueológico Nacional, Francisco Contreras, en una maqueta del mihrab de la mezquita de Córdoba que sería expuesta en Londres y París. Ambos participaron después en la restauración del palacio del Infantado, interviniendo en la decoración del desaparecido palacio neomudéjar de Xifré, frente al Museo del Prado. Más adelante, en 1912, sería nombrado restaurador del Museo Arqueológico Nacional.

Su llegada a Toledo se produjo en 1876, como auxiliar de la Comandancia de Ingenieros. Manuel Tovar colaboraría en las obras de restauración y adaptación del Alcázar como sede de la Academia de Infantería. Desgraciadamente, su trabajo en dependencias como el denominado Salón Mudéjar se perdió nueve años después, en el incendio de 1887. Posteriormente, participará en las obras de restauración de la fortaleza, contribuyendo a la ornamentación de los edificios situados en la zona del Picadero. Trabajó también como delineante de la Fábrica de Armas.

Fue un destacado investigador del patrimonio arqueológico toledano y colaborador de Rodrigo Amador de los Ríos en sus investigaciones sobre la ciudad (realizando varios de los planos de su obra *Monumentos arquitectónicos de España*). A él se deben las primeras descripciones de canalizaciones romanas del Casco histórico de la ciudad, así como el hallazgo de la inscripción cúfica en la fachada de la mezquita del Cristo de la Luz. En 1889 restauró la capilla de San Jerónimo, situada en el convento de la Concepción Francisca.

Asiduo de la tertulia celebrada en la Escuela de Artes y Oficios, Manuel Tovar Condé fue quien propuso al resto de sus miembros constituir la futura Academia toledana. Como numerario de la misma fue retratado por Rafael Ramírez de Arellano. Era también correspondiente de la

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, vocal de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Toledo y bibliotecario-archivero de la Sociedad Cooperativa de Obreros de Toledo.

Su muerte se produjo en circunstancias trágicas en 1921, tras el accidente ferroviario de Villaverde Bajo. Manuel Tovar fue ingresado en estado muy grave en el Hospital Provincial de Madrid (actual Museo Reina Sofía), donde murió el 5 de julio de ese año, dejando una hija en apurada situación económica.

PEDRO ROMÁN MARTÍNEZ (1878-1948)

La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo ha contado con fotógrafos entre sus miembros desde el mismo momento de su fundación. Uno de los más importantes, por su carácter pionero y abultada producción, fue Pedro Román Martínez (1878-1948).

Pintor, además de fotógrafo —la fotografía tardaría aún algunos años en ser reconocida por las instituciones académicas, lo que no quita que sus imágenes tuvieran una gran importancia a la hora de documentar las mociones e informes elaborados por la Real toledana a lo largo de tres décadas—, Pedro Román era natural de Alcaraz (Albacete), aunque llegó a Toledo con solamente doce años. Durante su juventud se trasladó a Madrid, donde estudió Bellas Artes y adquirió, probablemente, sus primeros conocimientos como fotógrafo. De vuelta en Toledo, comenzó a partir de 1910 un periplo como profesor por varios centros de enseñanza, como el Colegio de Huérfanos de María Cristina (actual Hotel María Cristina), la Academia Militar y el Colegio de Doncellas Nobles. Pronto se incorporaría a la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, de la que llegará a ser secretario y director. También fue secretario, bibliotecario y director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, a cuya fundación contribuyó en 1916. Fue el creador y director de la Sección de Artes Liberales.

Su labor como fotógrafo no ha sido reconocida hasta las dos últimas décadas, destacando el impulso que brindó a la recuperación de su legado la Diputación Provincial (que organizó una gran exposición en el Centro Cultural San Clemente, en 2008). Además de tener imágenes publicadas en algunas de las mejores publicaciones periódicas de comienzos del siglo XX, desde *La Esfera* hasta *Blanco y Negro*, pasando por *Nuevo*

Mundo y Mundo Gráfico, Pedro Román obtuvo varios reconocimientos por esta faceta. Entre ellos, una mención honorífica dentro de la Exposición Nacional de Fotografía celebrada en Valencia en 1906 y un diploma de mérito (así como medalla de plata en Pintura) en la Exposición de Pintura y Fotografía del Círculo de Bellas Artes e Instrucción Popular de Murcia, en 1908.

Como pintor, destacó su participación en encuentros artísticos como la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid en 1904, la exposición del Centro de Turismo de Toledo en 1923 y las muestras colectivas organizadas por la Real Academia en 1920 y 1921. En 1929 participó en la Exposición Iberoamericana de Sevilla y en la Exposición Regional de Bellas Artes e Industrias Artísticas de Toledo. Entre sus galardones destacan el Premio de Su Majestad el Rey en la Exposición de Apuntes Históricos de Toledo (1918), entre otros. Amigo y discípulo de Ricardo Arredondo, tenía también conocimientos de música y arqueología, los cuales quedan patentes en varios de sus trabajos publicados en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*. El retrato que aparece aquí reproducido fue realizado por Rafael Ramírez de Arellano.

Miembro de la Comisión Provincial de Monumentos (1919-1931), fue también concejal en el Ayuntamiento de Toledo durante una breve etapa, entre 1925 y 1928.

AURELIO CABRERA (1870-1936)

Sobre la memoria de Aurelio Cabrera Gallardo (1870-1936), director de la Escuela de Artes, continúa pesando como una losa el haber sido fusilado por las tropas franquistas el 26 de noviembre de 1936 a consecuencia de su ideario republicano y su compromiso con la causa obrera.

Escultor y pintor —aunque también arqueólogo y lingüista aficionado—, Cabrera es hoy orgullosamente reivindicado por los estudiosos de la cultura extremeña del siglo XX, de cuya Alburquerque (Badajoz) natal fue nombrado hijo predilecto. En Toledo, por el contrario, no se le han dedicado homenajes pese a haber tenido una presencia fundamental en la configuración artística y cultural de esta ciudad durante la década de

los años diez y muy especialmente a partir de 1921, cuando fue nombrado director de la Escuela de Artes.

«De origen humilde, tenía una gran conciencia social que refleja en su preocupación por sus alumnos, los obreros, a la vez que trabajaba incansablemente en el aspecto artístico de la ciudad». Según la historiadora del arte Eugenia Muñoz Barragán, especialista en la evolución y desarrollo de esta institución artística toledana, durante la dirección de Aurelio Cabrera se multiplicaron las matriculaciones hasta alcanzar el triple de lo que podía admitir la primitiva Escuela. Fue este director quien reivindicó —y consiguió— la ampliación del edificio hacia el antiguo convento de Santa Ana. Prueba de su compromiso es la renuncia a su sueldo de 1.000 pesetas, «poniéndolas a disposición de la junta de profesores para que se decidiera su inversión en las necesidades más perentorias».

Es poco cuanto se conoce en Toledo de su trayectoria anterior. Aurelio Cabrera fue alumno de la Escuela Municipal de Dibujo de Badajoz, siendo pensionado en 1896 por el conde de la Torre del Fresno —cuyo busto realizaría siendo escultor— para continuar sus estudios en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid. Posteriormente, ganó por oposición la plaza de profesor de Talla y Carpintería artística en la Escuela de Artes.

A pesar del injustificable olvido al que ha sido sometido en Toledo, ciudad que contribuyó a estudiar -en 1914 fue nombrado por el Estado comisario de excavaciones arqueológicas- y también a restaurar, siendo muy conocida una fotografía que le muestra en su domicilio de la Calle de las Bulas, Cabrera fue uno de sus académicos con más amplio curriculum artístico. El Museo del Prado conserva un yeso de San Sebastián por el que obtuvo una tercera medalla en la Exposición Nacional de 1901. Dos años más tarde obtendría una primera medalla con la obra *Un sobrinito del señor cura*, quedando ese año ganador del concurso para la decoración del salón de actos de la Diputación de Lugo.

Prueba de su capacidad para la escultura urbana son el proyecto para el monumento al general Martínez Campos de Madrid —que erigiría finalmente Mariano Benlliure— y su participación en el inmenso grupo a las víctimas de las guerras coloniales, una edificación de treinta metros

de altura que se levantó en el Parque del Oeste de Madrid. A este mismo contexto corresponden otras de sus obras escultóricas, como *Los soldados muertos en Cuba y Filipinas*, Vasco Núñez de Balboa, Espronceda, Hernán Cortés, Zurbarán y *Prometeo moderno*.

Autor de un catálogo-guía de monumentos artísticos de Toledo, articulista en diversos medios de comunicación nacionales y locales —de ideología diversa, desde el conservador *El Castellano* hasta *Heraldo Obrero*—, Aurelio Cabrera expresó su republicanismo en varias ocasiones. En 1931, por ejemplo, dio por telegrama su «fervoroso y cordial saludo» a «esos bravos republicanos socialistas» del Ayuntamiento de Albuquerque. Ese mismo año legaría una importante colección de obras para la puesta en marcha de un museo municipal. Desgraciadamente, tras la toma de Toledo por las tropas franquistas, fue encarcelado y fusilado el 26 de noviembre de 1936. Sus restos descansan en el cementerio municipal de Nuestra Señora del Sagrario.

JUAN GARCÍA-CRIADO (1848-1918)

El abogado Juan García-Criado Menéndez (1848-1918) merece ser recordado, además de por su activo compromiso con el patrimonio artístico y monumental de esta ciudad, por haber sido bisagra entre la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos -creada en 1836 y activa a lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del XX- y la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Había sido vicepresidente de la primera de estas dos instituciones durante dos décadas cuando se produjo la fundación de la segunda, en la que permaneció nada más que dos años debido a su fallecimiento, a los sesenta y seis años de edad.

Licenciado en Derecho Civil y Canónico y en Derecho Administrativo, García-Criado perteneció al Colegio de Abogados de Toledo y fue magistrado suplente en su Audiencia, así como juez de paz. Aparte, fue diputado provincial y correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Fue consejero supernumerario del Banco de España en Toledo (1899) y presidente de la Asociación Agrícola Toledana (constituida en el Salón de Mesa en 1907), así como comisario-director de las Escuelas Normales de Maestros y Maestras (por Real Orden del 28 de diciembre de 1908, dimitiendo un año después); asimismo, ocupó el cargo de presidente del

Consejo Diocesano de Acción Social Católica de la archidiócesis y fue miembro de la cofradía de la Santa Caridad. Estaba casado con Hipólita Barsi y García-Ochoa. Su retrato fue pintado por Rafael Ramírez de Arellano y se conserva en la sede de la Real Academia.

Conservamos noticias suyas desde al menos 1866, cuando, con apenas dieciocho años, participó en la Exposición Agrícola, Pecuaria, Artística e Industrial de Toledo. Gracias al obituario publicado tras su muerte en el periódico carlista *El Porvenir*, conocemos que en 1870 «le llevaron los liberales al destierro, deportándole a Portugal, y de allí a Inglaterra, si bien en el camino cambiaron de opinión, desembarcando en Francia, donde permaneció dos años y de donde volvió tan carlista como fue», sufriendo la incautación de sus bienes.

En este periódico se le destacó «por su extraordinaria cultura, por su pluma castiza, por sus extraordinarias dotes de polemista, por su argüir robusto y sus bien documentados escritos». Éstos le granjearon varios reconocimientos, como los de la Cámara Oficial Agrícola (1909), la Cruz Roja Española (Diploma de gratitud por sus trabajos publicados en pro de esta institución) y el Patronato Social de Buenas Lecturas (Diploma de socio protector).

A finales del siglo XIX mantuvo un duro duelo dialéctico con Emilia Pardo Bazán a propósito de un descubrimiento que el propio García-Criado realizó en la Catedral: la autoría de la célebre escultura de *San Francisco*, de Pedro de Mena, atribuida a Alonso Cano anteriormente. De este enfrentamiento dio cuenta en su libro *A orillas del Tajo. Esparcimientos literarios* (Viuda e Hijos de J. Peláez, 1896).

Escribió sobre el patrimonio monumental (pidiendo la restauración de la Puerta de Alcántara), leyendas toledanas (realizó un escrito refutando a Olavarría y Huarte, autor del libro *Tradiciones de Toledo*) y diversos temas religiosos, tanto en prensa toledana como madrileña.

Especialmente interesante es uno de sus últimos artículos, publicado en la revista *Toledo*, en el que reivindicaba con toda justicia la labor que había realizado la Comisión de Monumentos frente al entusiasmo con el que el resto de los fundadores de la Real Academia atribuían a la nueva institución el suponer un antes y un después para la conservación artística de la ciudad.

ÁNGEL MARÍA ACEVEDO (1871-1933)

«De singular talento, vasta y polifacética cultura, en su primera juventud armonizó las actividades periodísticas —con las que logró un puesto relevante en la prensa por su agudeza crítica y su estilo castizo, elegante y sobrio— con las de cátedra, y en el Seminario desempeñó con igual eficacia didáctica enseñanzas aparentemente tan dispares como Matemáticas y Filosofía». Con estas palabras despedía el periódico *El Castellano* en 1933 a Ángel María Acevedo Juárez, uno de los cuatro fundadores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo —junto con José María Campoy, Ramón Guerra y Narciso Esténaga— que eran sacerdotes.

Hijo de un maestro de sólidas convicciones religiosas que impartió clases en Ciudad Real y en Toledo, Acevedo ingresó en el Seminario y fue ordenado presbítero en marzo de 1895, a los veinticuatro años de edad. Como sacerdote fue capellán de varias instituciones religiosas toledanas, como los conventos de las Bernardas (1895) y las Capuchinas (1897), además del Hospital de Nuestra Señora de la Visitación o del Nuncio (1898), en donde se encontraba el manicomio.

En el año 1915 se convirtió en párroco de Santa Justa y Rufina, emprendiendo una activa campaña en defensa de las parroquias mozárabes. Patrocinó, en este sentido, la restauración de las iglesias de San Lucas —donde reimpulsó el culto a la Virgen de la Esperanza— y San Sebastián, esta última a través de una campaña en prensa de la que se hizo eco el semanario católico *El Pueblo*. Ésta consistió en promover una subasta a la que brindaron su apoyo el conde de Casal y el pintor Vicente Cutanda, junto a otras personalidades que un año después fundarían la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. A quienes contribuyeran a «allegar recursos suficientes para reparar y salvar de la ruina el histórico templo de San Sebastián» se prometía «hacer una lápida, que será colocada en el sitio más visible del templo, en la que consten relacionados los nombres de los artistas que contribuyan con sus obras».

Vicesecretario de la junta diocesana de la Liga Nacional de Defensa del Clero (1912), Acevedo era también caballero del Santo Sepulcro de Toledo. Cuando la Real Academia fue creada, le correspondió la medalla número XIV, la misma que ostenta en el retrato que le dedicó Rafael Ramírez de Arellano, uno de los mejores de toda su serie.

Doctor en Sagrada Teología y Filosofía, fue profesor del Seminario entre 1896 y 1925, cuando una larga enfermedad le impidió seguir dando sus clases.

De su actividad como periodista dan fe varias colaboraciones en la revista *Toledo* durante los años veinte. A finales de esa década se convirtió en un firme difusor del recién inaugurado museo de arte sacro instalado en la parroquia de San Vicente, incluyendo en sus textos una de las escasas fotografías (obra de Rodríguez) que se han conservado del interior de ese espacio. Otros de sus trabajos, publicados en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, son un informe sobre el Pendón de la ciudad y varios textos sobre el pasado mozárabe de la ciudad, entre ellos una breve biografía de Cipriano Varela, párroco de San Lucas y obispo de Plasencia.

ADOLFO ARAGONÉS (1871-1967)

Adolfo Aragonés de la Encarnación fue —con el coronel José Miranda (Toledo, 1917), que cumplió cien años de edad en 2017— uno de los miembros de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo que disfrutó de más larga vida. Cuando murió en 1967, tenía noventa y cinco años y había sido testigo de más de medio siglo de vida de la institución (a excepción de las etapas en las que permaneció fuera de la ciudad).

Natural de Guadalajara, donde nació el 29 de agosto de 1871, Adolfo Aragonés perteneció al Cuerpo de Ingenieros Militares. Destinado en varias ciudades españolas, llegó a Toledo en 1900, participando en las tareas de reconstrucción del Alcázar tras el incendio de 1887. Durante los primeros años del siglo XX impartió clases de dibujo y de francés, traduciendo de esta lengua el libro *Utilización práctica y completa de un salto de agua* (Bailly-Bailliere e hijos, 1906), obra del ingeniero de minas Maurice Lecomte-Denis.

Su producción literaria, histórica y periodística, estudiada por el historiador militar José Luis Isabel, fue muy abundante. En la nota necrológica publicada en *El Alcázar* a su muerte figuraba como autor de «treinta y tres libros y folletos, y millares de artículos», los últimos de los cuales aparecieron publicados en ese diario. Sesenta años atrás era ya un activo colaborador de medios como la revista *Toledo*, donde firmaba con el

seudónimo «W. Layrd», de *La Campana Gorda* y *El Heraldo Toledano*. Autor literario desde al menos 1896, cuando estrenó en Melilla la zarzuela *Patronas mal reprimidas*, Adolfo Aragonés publicó juguetes líricos y obras ligeras hasta concentrar la mayoría de su producción en obras toledanistas y de temática militar, como *Plumas y espadas* (1908) y *Alhucemas: nuestro día* (1910). De su amplia producción destacan los memoriales en honor de personajes como el talaverano Francisco Verdugo (1537-1595), gobernador de Luxemburgo, y el capitán Vicente Moreno (1773-1810), héroe de la Guerra de la Independencia, entre otros muchos dedicados a Alonso de Ercilla, Magallanes, Luis Tristán o Gonzalo Fernández de Córdoba. Su opúsculo *Toledo en América* (1925) será muy consultado posteriormente por otros toledanistas, así como *Toledo: Páginas de su historia* (1928).

Fue fundador de la Real Academia en 1916 (medalla número XII), convirtiéndose en su primer secretario. Permaneció en el cargo durante una década, marchando de Toledo después y regresando al finalizar la Guerra Civil, cuando se reincorporó a la institución con la medalla número XVIII (que había pertenecido a Pedro Pidal) y el cargo de censor.

Durante su larga vida recibió numerosas distinciones. Gentilhombre de Alfonso XIII y delegado regio de Primera Enseñanza, recibió en 1919 la Cruz de primera clase del Mérito Militar, con distintivo blanco, «por sus relevantes trabajos en la Junta de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad». En 1929 se convirtió en presidente de la Real Sociedad de Amigos del País de Toledo, habiendo formado parte con anterioridad, como secretario, de la Junta del Centenario de la Catedral. También fue delegado de la Cruz Roja en Toledo. En el terreno académico fue asimismo correspondiente de las reales academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, además de miembro de la Academia Hispalense de Sevilla, de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, de la de Música y Declamación de Málaga, y del Instituto Arqueológico, Histórico y Geográfico del Brasil.

Menos conocida es su faceta como empresario. Adolfo Aragonés, sin embargo, fue propietario del Hotel-Restaurante Grannullaque, instalado en la Plaza de Barrio Rey en el solar de la antigua hostería y pastelería del mismo nombre, abierta en tiempos del rey Fernando VII por el bisabuelo de su esposa. El hotel, que disponía de 22 habitaciones, abrió

sus puertas en 1912. Su fachada, con falsas pilastras y otros elementos de inspiración plateresca, es la mejor de toda la plaza.

BUENAVENTURA SÁNCHEZ-COMENDADOR (1872-1939)

Buenaventura Sánchez-Comendador Guerrero fue dibujante, fotógrafo, profesor de metalistería —ganador de una tercera medalla en la Exposición Nacional de 1904—, conservador de las Casas Consistoriales y archivero municipal. Una amplia y versátil trayectoria que podría haber sido mayor de no ser por una personalidad —indicaba de él *El Día de Toledo* en 1912— que «vale mucho, pero no se mueve; trabaja y vive encerrado en su modestia y por eso no medra ni su mérito sale a la superficie».

Es poco, en realidad, lo que conocemos del académico fundador de la medalla número XIX. Nació en Toledo el 14 de julio de 1872, estudiando en el Instituto Provincial (donde fue premiado en 1888 por su aplicación en Psicología, Lógica y Ética). Cinco años después ingresó en el Ayuntamiento como sofiel (conserje) y auxiliar del Archivo Municipal, responsabilidades a las que añadió el empleo de conservador de las Casas Consistoriales, con derecho a residir en el Palacio Municipal. Desempeñó este empleo durante cuarenta años.

Paralelamente, Buenaventura Sánchez Comendador aprendió el oficio del metal y se vinculó tempranamente a la Escuela Superior de Artes Industriales. Como miembro de la misma participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1904, obteniendo una tercera medalla —la primera fue para el ceramista Sebastián Aguado, posteriormente compañero de Academia— por unos herrajes artísticos inspirados en el siglo XVI (los cuales aparecieron reproducidos en huecograbado en la revista *Blanco y Negro*). Un año después, sería nombrado profesor de Metalistería en la Escuela, compaginando estas enseñanzas con las de otras disciplinas durante las dos décadas siguientes. En 1906 volvió a presentarse a una nueva exposición nacional con una «cerradura gótica». A lo largo de los próximos años seguirá enviando a Madrid, sin éxito, composiciones como un tríptico de hierro y cobre sobre reclinatorio de nogal que el pintor José Vera González elogió encarecidamente en las páginas de *El Eco Toledano* en 1911.

Como funcionario municipal y como profesor de la Escuela de Artes, Sánchez-Comendador fue testigo de la vida cultural y de visitas institucionales como la que realizó el presidente francés Raymond Poincaré en 1914. Suyo fue el diseño del artístico pergamino, en el que se enlazaban los escudos nacionales de España y Francia, con el que se obsequió al dignatario. En 1909 había diseñado, por encargo de Juan de Mata Moraleda y Esteban, las escarapelas con las que se conmemoró el primer centenario de la Guerra de la Independencia. Ese mismo año realizó las medallas otorgadas por la Cámara Agrícola Toledana. En 1910 decoró el menú para el banquete organizado, en el Hotel Castilla, en honor al escultor Miguel Ángel Trilles (1866-1936). Cinco años después realizó el cartel para las fiestas de agosto. Otros de sus pergaminos artísticos fueron el del título de hijo adoptivo de Toledo para el literato Francisco Rodríguez Marín (1917) o el que fue entregado al director del Instituto, Teodoro San Román, con motivo de su jubilación (1920). El más importante de todos estos diplomas, no obstante, fue el que realizó en 1918 con motivo del nombramiento del rey Alfonso XIII como miembro protector de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. El monarca, informó *El Eco Toledano*, «después de elogiar calurosamente el artístico trabajo, preguntó con gran interés por su autor». Su diseño fue muy destacado también, en la antecámara regia, por Amós Salvador, arquitecto, diputado y años más tarde ministro de la Gobernación.

En 1926, para finalizar esta breve relación de obras, realizaría el diseño del sello con el que la Catedral de Toledo celebró su VII centenario.

Por si esta trayectoria no fuera suficiente, Buenaventura Sánchez-Comendador unió a sus inquietudes la de fotógrafo, que ejerció profesionalmente a partir de julio de 1912 en su estudio —La Fotografía Artística— de la Calle Comercio, 70 y 72. Algunas de sus vistas de paisajes y monumentos toledanos fueron reproducidas en portada en la revista *La Campana Gorda*. En 1915 envió algunas de estas imágenes a una exposición celebrada en la ciudad alemana de Munich. Sin embargo, su mayor aportación a la fotografía toledana fue recibir y salvaguardar el antiguo y valioso fondo de Casiano Alguacil (1832-1914).

Los medios toledanos de la época destacaron su talento e innata modestia, sin recibir más críticas que ciertos ataques personales que aparecieron

publicados en *Heraldo Obrero* a finales del verano de 1927. En ellos se lamentaba el pobre desarrollo de unos trabajos de metalistería expuestos en el Ayuntamiento y que el responsable de la conservación de las Casas Consistoriales permitiese que las telarañas ocultasen el techo y las ventanas de su escalinata. «No creo que la misión de la prensa sea — atajó desde las páginas de otro periódico, *El Proletario*— la de molestar por sistema, pues en ese caso su beneficiosa actuación se trueca en algo así como el escupitinajo de un sapo, que emponzoña con su viscosidad cuanto alcanza y se convierte, de órgano portador de la opinión pública, en un organillo callejero, sirviendo sólo para molestar los oídos de los pacíficos ciudadanos».

JOSÉ MARÍA CAMPOY (1847-1934)

Hace casi una década, las principales instituciones de Lorca rindieron merecido homenaje al sacerdote José María Campoy (1847-1934), personaje poco conocido en aquel momento pese a haber sido primer cronista oficial de la ciudad murciana y miembro de una decena de instituciones académicas, entre ellas la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas, que contribuyó a fundar en 1916. Fruto de aquel recordatorio fue el libro *Escritos y estudios de un cronista de Lorca*, editado por su descendiente José María Campoy Camacho. Casi medio millar de páginas que permiten conocer no sólo su importante contribución a la cultura murciana —a la que siempre permaneció vinculado pese a residir en tierras toledanas durante más de cincuenta años—, sino también su aportación al patrimonio de Toledo, como presidente de la Comisión Provincial de Monumentos y como descubridor de los importantes artesonados de la iglesia de Santiago del Arrabal, de la que fue cura párroco.

José María Campoy nació en Lorca en 1847, ciudad a la que regresaba a menudo y donde murió en 1934, a los ochenta y siete años de edad. Ordenado sacerdote en 1871, tras recibir su formación en el seminario de San Fulgencio de Murcia, fue coadjutor de la parroquia lorquina de San Mateo y ecónomo de Santa María de Villena (Alicante) entre 1880 y 1881.

A partir de entonces comenzó su actividad en Toledo, primero como ecónomo en *La Puebla de Don Fadrique*, entre 1882 y 1887. Este

último año adquirió en propiedad el curato de Riópar (Albacete). En 1892 opositó a un curato vacante en la diócesis de Cartagena, proceso que repitió en Toledo en 1893, obteniendo la parroquia de Lillo y más tarde su arciprestazgo.

A caballo entre Toledo y su Lorca natal, permaneció vinculado al Ateneo de la ciudad murciana desde casi sus inicios, convirtiéndose en su primer cronista oficial por aprobación municipal el 20 de mayo de 1878. También era miembro de la Real Sociedad Económica de Lorca, de la que sería nombrado miembro de honor y presidente de su sección artística. El Ayuntamiento de su localidad natal, en la que fue profeta desde temprana edad —y donde mantuvo una activa labor periodística, a veces con el seudónimo de ‘El Lurki’—, le nombró también capellán honorífico en 1899.

Su actividad en la ciudad de Toledo se intensificaría tres años después, al pasar a la parroquia de Santiago del Arrabal. En ella permaneció durante más de veinte años, impulsando la creación del templete para la Semana Santa (obra del ceramista Sebastián Aguado, profesor de la Escuela de Artes y posteriormente compañero en la Real Academia toledana, consagrado en 1912) y descubriendo, en 1917, los artesonados mudéjares de este templo, que fue restaurado gracias al apoyo económico del cardenal Guisasola. Su actividad durante esa década, pese a haber cumplido ya los sesenta años, fue muy intensa. Además de participar en la fundación de la Real Academia en 1916, tomó parte en la conmemoración de la batalla de las Navas de Tolosa en 1912 y en la comisión de festejos de la Junta Organizadora del Centenario del Greco, en 1914. El *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* publicó varios de sus trabajos de temática toledana, relativos al Corpus Christi, la Sede toledana en el siglo XVIII y la época del cardenal Sandoval y Rojas, entre otros. En 1922 dedicó un artículo a la estrecha relación con Toledo de santa Teresa de Jesús.

En 1925 —coincidiendo casi con su paso a la capilla parroquial de San Pedro (a la que se agregaba su filial de la Magdalena)— fue designado presidente de la Comisión Provincial de Monumentos. Cuatro años después se convirtió en vocal de la Junta Provincial de Beneficencia de Toledo, aunque en 1932, a la muy avanzada edad de ochenta y cinco años, se retiró a su ciudad natal por motivos de salud. En Lorca murió el 10 de junio de 1934.

Sus reconocimientos fueron abundantes, según han recogido autores como Campoy Camacho o Manuel Muñoz Clares, archivero municipal de Lorca. Además de miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (medalla número IX), José María Campoy fue correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Academia Tiberina de Roma, así como presidente honorario de la Academia del Mediodía de Francia. También fue miembro de las reales sociedades económicas de Almería, Segovia, Madrid y Granada.

EZEQUIEL MARTÍN (1850-1932)

Ezequiel Martín Martín (1850-1932), uno de los dos arquitectos fundadores —junto con Juan García Ramírez— de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, suele ser recordado por proyectos como el edificio del Café Español (Plaza de Zocodover) o el Ayuntamiento de Mora. No obstante, su seña de identidad fueron las escuelas rurales, de las que diseñó un amplio conjunto diseminado a lo largo de toda la provincia, entre ellas las de Talavera de la Reina (Escuela de Párvulos, 1884), Escalonilla (1886-1889), Sonseca (1890), Las Ventas con Peña Aguilera (1907) —por cuyo trabajo no cobró, ya que era natural de este municipio de los Montes de Toledo—, Alcaudete de la Jara (1908) y Los Navalucillos (1909). A éstas habría que añadir el desvirtuado proyecto para grupo escolar en la Vega Baja, actual cuartel de la Policía Municipal.

Arquitecto por la Escuela de Madrid desde el 7 de junio de 1880, Ezequiel Martín Martín se vinculó tempranamente a la Diputación de Toledo. Arquitecto provincial interino hasta 1882, y arquitecto provincial con plaza en propiedad desde junio de 1883, fue el responsable del diseño y la supervisión de centenares de proyectos arquitectónicos a lo largo de casi medio siglo de profesión.

Además de las escuelas, también trazó los edificios de varios ayuntamientos, como los de Sonseca (1892-1894), Torralba de Oropesa (1901, por 6.000 pesetas) y Mora, edificio historicista cuyos planos diseñó en 1921, con más de setenta años de edad, y que se haría realidad aunque con ciertas diferencias algunos años más tarde. La antigua cárcel de Illescas (1887) y el nuevo matadero de La Puebla de Don Fadrique (1915) fueron otros de sus proyectos como técnico provincial. En febrero

de 1889, tras el cese del importante arquitecto quintanareño Agustín Ortiz de Villajos, Ezequiel Martín se encargó durante varios años de finalizar las obras del Palacio de la Diputación.

Sus muchos cometidos en la provincia —no sólo el diseño de nuevos edificios, sino también numerosos peritajes, obras hidráulicas e infraestructuras— fueron recogidos por la prensa de la época. No sólo la local, que dio fe de actuaciones como su participación en el proyecto de traída de aguas a Toledo en 1898 (con el arquitecto municipal, José Ramón Ortiz, y los ingenieros Fernando G. Miranda y Ramón Rodríguez) o la supervisión del salón-teatro y otros edificios de Torrijos en 1909, sino también la madrileña, quien destacó su labor al frente de la demolición de numerosas viviendas en Consuegra como consecuencia de las inundaciones de 1891. Entre sus actuaciones urbanísticas es posible mencionar un plan de reforma de edificios para Fuensalida (1915) y la alineación y ensanche del acceso a Valmojado (1916). Escribió en varias ocasiones en la *Revista de la Sociedad Central de Arquitectos*, denunciando en 1894 la injerencia del ingeniero-jefe provincial en la construcción de un centenar de viviendas en Villacañas.

Desde los primeros años de su actividad profesional destacó su interés por la cultura. En 1889, junto a Manuel Tovar, instaló en la Capilla de San Jerónimo del Convento de las Concepcionistas el Arco de los Pavones, recientemente desmontado del llamado «Palacio del rey Don Pedro» y conservado hoy en el Museo de Santa Cruz. Su actividad al servicio de la Comisión de Monumentos, de la que se convertiría en vicepresidente en 1919, fue muy importante. Ezequiel Martín dirigió los trabajos de restauración del Cristo de la Luz en 1899 (momento en que la antigua ermita fue declarada monumento nacional) y trazó un plano topográfico de las excavaciones del Cerro del Bú en 1905. Al año siguiente fue vocal de la junta inspectora de las obras de reparación y reforma del Hospital de Santa Cruz, destinado a biblioteca y museo dependientes del Ministerio de Educación Pública. En 1908 disertó en la Casa de Mesa sobre el riesgo de hundimiento del Puente de Alcántara debido a la tubería de Santa Ana. Fruto de sus intervenciones en espacios históricos, como la Casa del Conde Esteban (en donde apareció una excepcional viga mudéjar) o la Vega Baja (en donde rescató una sepultura hebrea que a finales de los años veinte adquirió el Estado por 2.000

pesetas, con destino al Museo Arqueológico de Toledo), aparecieron importantes restos arqueológicos.

Además de arquitecto provincial, Ezequiel Martín fue arquitecto municipal interino (en 1898, tras la dimisión de José Ramón Ortiz) y también arquitecto diocesano por designación real (1905), colaborando con García Ramírez en la renovación de las cubiertas de la Catedral. En Toledo realizaría destacadas obras, entre ellas el edificio del Café Español (1907), el actual cementerio (cuyos planos trazó en 1909, junto con el diseño de varios mausoleos particulares, algunos de ellos diseñados para el camposanto anterior, como el de la familia Esquivel-Minaya) y el grupo escolar para la Vega Baja (1914), proyecto de «azarosa historia» sobre el cual ha escrito Rafael del Cerro Malagón. En 1910 presupuestó en la enorme cantidad de 600.000 pesetas la construcción de un nuevo hospital que sustituyese al de la Misericordia, proponiéndose como alternativas para su edificación los cerros de San Blas (donde hoy se encuentra la Academia de Infantería) o los alrededores de la Plaza de Toros y la carretera de Madrid. Esta obra no se llevó a cabo. Otro de los edificios que contribuyó a reformar fue el Casino, encargándose en 1920 de la dirección de obras a partir del nuevo proyecto de Felipe Trigo. Más modestos fueron sus proyectos para la capilla de las Hermanitas de los Pobres (1894), un depósito de aguas en el Paseo del Carmen (1911), un almacén de regaliz junto a la Venta de la Estrella (1918) y «un bonito hotel ‘para obreros’ en la Vega Baja», en el entorno del Circo Romano.

Ezequiel Martín participó en diferentes órganos locales, como las juntas de Instrucción pública (1902) y Protección de la infancia y represión de la mendicidad (1914), y el Consejo provincial de Agricultura y Ganadería (1917). Simultaneó sus responsabilidades con el trabajo como perito para la Sociedad de Seguros ‘La Toledana’ y la Cámara de la Propiedad Urbana.

Miembro de la Sociedad de Excursionistas Españoles desde finales del siglo XIX, en 1913 se convirtió en presidente de la junta que gestionaba la Plaza de Toros. En 1914 formó parte de la Comisión de Festejos organizada con motivo del centenario del Greco. Tras la fundación de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas se convirtió en su primer depositario-contador, adquiriendo un pequeño grupo de pinturas

de Pedro Román durante la exposición artística organizada por esta institución en 1920. Residió en la Plaza de San Agustín, número 2. Caballero de la Orden de Carlos III, fue propuesto para recibir también la Orden Civil de Alfonso XII. Perteneció a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y a las de Sevilla, Valencia y Cádiz.

ROBERT RUBIÓ ROSELL (1886-1962)

Este escultor valenciano, numerario de la Real Academia de San Carlos y secretario de la Escuela de Artes de Toledo poco antes de la Guerra Civil, fue uno de los fundadores menos conocidos de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Muestra de su talento son algunas piezas desperdigadas por la ciudad, como las placas en homenaje a Rafael Ramírez de Arellano y Luis Tristán (instaladas en la Plaza Marrón y la Bajada del Barco en 1922 y 1924, respectivamente), un busto del comandante Villamartín inspirado en el monumento de Benlliure (que conserva el Museo del Ejército y que fue portada de la *Revista de Historia Militar* en 1983) y quizá la más valiosa de todas: una representación en yeso del Cardenal Cisneros que es propiedad de la Real Academia toledana y que preside su pequeña colección artística de la Calle de la Plata.

Natural de Barcelona, donde nació el 2 de enero de 1886, Rubió se trasladó con su familia pocos años después a Valencia. Allí ingresó tempranamente en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos. También lo hicieron dos de sus hermanos, Rafael Rubió Rosell, quien años después se convertiría en un importante escultor valenciano, y Robustiano Rubió Rosell, que será correspondiente de la Real Academia toledana en Buenos Aires. Obtuvo varios premios y menciones académicas desde muy joven, al menos desde 1900. Una década después obtendría una medalla de segunda clase en la sección de escultura de la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1912, y la primera medalla en la Internacional de Barcelona de 1913. Fruto de aquellas experiencias fueron piezas como *Oración y sueño*, *Puesta de Sol* y *El Hombre*, un busto de niño destacado por su notable estudio del natural.

El 28 de junio de 1913 comenzó su vinculación con Toledo, al conseguir plaza como profesor en la Escuela de Artes y Oficios. Su labor en

aquellos momentos fue bastante activa, participando en nuevas exposiciones en Madrid y Panamá, aunque no conocemos la mayoría de sus trabajos. Sí tenemos constancia de su actuación en el retablo mayor de la parroquia de Santo Tomé y bustos como los del ceramista Sebastián Aguado y el general José Villalba, que se conserva en la Academia de Infantería.

En 1916 contribuyó a la fundación de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Permaneció en ella como numerario hasta 1928, reincorporándose después en 1935. Algunos años después, finalizada la guerra, abandonaría Toledo definitivamente para establecerse en Valencia, donde se convertiría en profesor y luego director de su Escuela de Artes. No obstante, su legado en la ciudad del Tajo se mantuvo gracias a discípulos como Cecilio Béjar.

Miembro de la Real Sociedad Económica de Toledo y académico de San Carlos de Valencia, en esta ciudad se conserva uno de sus escasos ejemplos de escultura urbana: un busto largo del también escultor Damián Forment, que preside la plaza que le está dedicada (y para el que Robert Rubió se inspiró en un supuesto autorretrato del retablo mayor de la Catedral de Huesca).

VERARDO GARCÍA REY (1872-1931)

Durante los diez años que permaneció vinculado a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, entre 1916 y 1926, Verardo García Rey (1872-1931) realizó dos importantes descubrimientos relacionados con el Greco. El más relevante fue la localización del retablo de Talavera la Vieja (Cáceres), con importantes pinturas que hasta mediados de los años noventa permanecieron expuestas en el Museo de Santa Cruz y hoy se encuentran en el Monasterio de Guadalupe. El segundo fue la *Crucifixión* del pequeño pueblo segoviano de Martín Muñoz de las Posadas, cuya autoría dejan los especialistas hoy en manos del taller del artista.

En realidad, fueron muchas las investigaciones emprendidas por este culto militar gallego, nacido en La Coruña el 22 de enero de 1872. Tras ingresar en el Ejército a los veinte años, fue destinado a Cuba en 1895 con el empleo de sargento. Tres años después obtuvo el ingreso en la Academia de Infantería, de la que salió en 1900 con destino al Regimiento

de Burgos y las campañas de Marruecos. Primer teniente en 1903 y capitán en 1910, dos años más tarde se incorporaría a la Academia de Infantería como profesor, donde impartió las asignaturas de Historia y Geografía Militar. En ella, tal y como ha estudiado el historiador militar José Luis Isabel, ocuparía el cargo de bibliotecario entre 1917 y 1924.

Su actividad como académico en Toledo ha quedado plasmada en varios trabajos publicados en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, entre ellos «Alonso Vázquez, soldado e historiador» (1919), «Monasterio de Santo Domingo el Real. Historia y Heráldica» (1922) o «El deán Diego de Castilla y la reconstrucción de Santo Domingo el Antiguo de Toledo» (1923), acompañado por una selección de documentos que aparecerían un año más tarde.

No recogeremos aquí sus textos de temática militar, publicados en medios como la *Revista Técnica de Infantería y Caballería* y el *Memorial de Infantería*, ni tampoco otros de sus muchos artículos sobre patrimonio artístico y monumental. Nos limitaremos a mencionar sólo sus trabajos toledanos, como *Los Montes de Toledo. Estudio Geográfico*, que fue publicado por el Colegio de María Cristina en 1916 y que reeditó como facsímil la Asociación Cultural Montes de Toledo en 1993. También, dos aportaciones de 1927: «Estancia del escultor Bautista Vázquez en Toledo» (incluido en el primer volumen de los Documentos para la Historia del Arte en Andalucía) y «Nuevas noticias referentes al poeta Garcilaso de la Vega» (*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*). En la revista *Toledo* publicó «Los Gilitos» (1923), «Una excursión a Casarrubios del Monte» (1924) y «De la Catedral Primada. Leyendas de la historia» (1926). En *El Castellano gráfico*, «Datos relacionados con obras de la Capilla del Sagrario» (1925) y «El monasterio de Santo Domingo el Real de Toledo» (1928). Con «Rejeros toledanos del siglo XIX» (1929), en *Revista de Arte Español*, remató una década especialmente fructífera en investigaciones.

En 1928, ya con el rango de comandante, quedó en situación de disponible, retirándose a una residencia que poseía en Molinaseca (León). Allí falleció de forma inesperada en 1931.

Verardo García Rey fue académico correspondiente de la Historia (a partir de 1923) y perteneció a la Sociedad Geográfica de Madrid y a la Academia Gallega. Entre sus distinciones es posible destacar la cruz y

placa de la Orden de San Hermenegildo y una Cruz al Mérito Militar por, precisamente, varias de sus investigaciones sobre infantería táctica. Una avenida de Ponferrada (León) lleva su nombre.

RAMÓN GUERRA Y CORTÉS (1861-1936)

El sacerdote Ramón Guerra Cortés, cuya biografía es conocida gracias al completo trabajo que Mario Arellano García publicó hace veinte años en la revista *Toletum*, fue el miembro fundador de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas que menos relación mantuvo con esta institución. Su abultada carrera eclesiástica y responsabilidades como la de deán de la Catedral de Toledo (cargo al que se incorporó en el año 1907), así como el hecho de residir en Madrid, le obligaron a renunciar a la plaza de numerario apenas un año después de la constitución de la Real Academia, convirtiéndose en correspondiente de la misma en 1917.

Natural de Barrax (Albacete), aunque criado en La Guardia, donde su padre tenía empleo como sacristán, Ramón Santiago Marcos Guerra Cortés nació el 30 de octubre de 1861. En 1875 ingresó en el Seminario Conciliar de Toledo, obteniendo excelentes calificaciones e iniciando una temprana carrera eclesiástica, ya que solicitó recibir las órdenes menores en 1884, antes de haber terminado los estudios.

Coadjutor en Carpio de Tajo (1885), capellán y director espiritual de las Carmelitas de Villarrobledo (Albacete) y párroco de Los Yébenes (1886), se incorporó en 1891 a la parroquia mozárabe de las Santas Justa y Rufina de Toledo, a la que permanecería vinculado durante una década. Durante ésta desempeñó diferentes responsabilidades en Toledo (examinador sinodal del Arzobispado en 1898; juez de grados del Colegio de Doctores del Seminario un año después), iniciando una gran carrera como predicador en Madrid que se vería rematada en 1900 con el nombramiento de capellán real.

En 1901 recibió, por designación de la corona, la plaza de abad magistral de Alcalá de Henares —ciudad a la que permanecería también estrechamente vinculado—, convirtiéndose, cuatro años después, en deán de la Catedral de Orense.

Deán de la Catedral de Toledo en 1907, Ramón Guerra Cortés impulsó

en el templo diversas tareas de mantenimiento y actualización. Dos de ellas fueron las restauraciones de los frescos de la puerta del Niño Perdido, que acometió el pintor Federico Latorre, y del tímpano de la puerta de Santa Catalina, por Vicente Cutanda, a quien unía una estrecha amistad. Durante su mandato —recogió Mario Arellano— se incorporaron neumáticos a la carroza de la Custodia para celebrar la procesión del Corpus.

Los últimos años de su vida, a partir de su nombramiento como auditor del Tribunal de la Rota en 1920, son los menos conocidos. Sabemos, por ejemplo, que formó parte de la comisión del Centenario de la Catedral a mediados de esa década, y que en 1933, con el resto de miembros de la Rota, fue declarado excedente forzoso. Según Arellano, Ramón Guerra murió «mártir» en Madrid durante el verano de 1936.

El retrato, obra del pintor Fernando Dorado y conservado en el salón de plenos de la Real Academia, reproduce la única fotografía conocida del sacerdote (la cual fue publicada en el periódico *El Castellano* cuando se celebró en la Catedral el XXII Congreso Eucarístico Internacional, en el año 1911).

HILARIO GONZÁLEZ (1853-1928)

El teniente coronel Hilario González González (1853-1928), tercer director de la Real Academia tras Rafael Ramírez de Arellano y Narciso Esténaga, fue un sólido referente cultural en la ciudad de Toledo durante las tres primeras décadas del siglo XX. Profesor en el Colegio de Huérfanos y más tarde en la Academia de Infantería, a él se debe la creación del Museo de la Infantería y la donación de la colección Romero Ortiz, lo que constituyó un importante conjunto de historia militar en el interior del Alcázar muchos años antes de que el Museo del Ejército instalase en Toledo su sede.

Natural de Amusco (Palencia), no logró plaza de alumno en la Academia de Infantería hasta los veintiún años, edad avanzada como para lograr una buena carrera. España se desangraba durante la tercera guerra carlista cuando, en 1875, abandonó la institución como alférez, incorporándose a filas en el Maestrazgo. Finalizada la contienda, regresó a Toledo con treinta años y un puesto de profesor en el Colegio de Huérfanos, establecido entonces en el Hospital de Santa Cruz. Desde entonces

permanecerá ligado a esta ciudad, donde fue profesor de la Academia de Infantería una vez ascendido a capitán, en 1893. Cinco años después le llegó el ascenso a comandante. Habría de retirarse de la vida militar como teniente coronel.

Persona ilustrada y de vastos conocimientos, a él se debe la creación y formación del Museo de la Infantería, a cuyo frente estuvo veinte años y al que consiguió dotar de gran fama, que le mereció ser recompensado con la Gran Cruz al Mérito Militar. En 1925 recibió un homenaje del Ayuntamiento como agradecimiento.

En 1900 había sido nombrado vocal de la Sociedad Arqueológica de Toledo, y en 1916 fue uno de los miembros fundadores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de la que años más tarde sería elegido director. También fue diputado provincial y presidente de la Diputación.

Conocido por todos los toledanos como «Don Hilario», falleció en la ciudad el 10 de diciembre de 1928, sin llegar a ver cómo su querido museo era trasladado a Madrid por orden del ministro Azaña.

Escribió numerosos trabajos sobre temas militares, artísticos y toledanos, entre los que destacan *La Fábrica de Armas Blancas de Toledo: resumen histórico* (Toledo, 1889); *Academia de Infantería: Catálogo de su Biblioteca en 1909* (Toledo, en dos volúmenes) y *Resumen histórico de la Academia de Infantería* (Toledo, 1925). Hace un siglo, con motivo del centenario del cardenal Cisneros, pronunció el discurso *Cisneros bajo el concepto militar* (Toledo, 1918). Prolífico articulista en revistas como *Toledo*, *El Castellano Gráfico* y *Memorial de Infantería*, publicó abundantemente en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo* sobre temas diversos, desde Felipe II hasta la mozarabía. En esta revista se conserva, asimismo, su discurso de contestación al también militar, ingeniero y geógrafo Alfonso Rey Pastor.

SEBASTIÁN AGUADO (1854-1933)

Sebastián Aguado y Portillo no sólo merece pasar a la historia de esta ciudad por su gran conocimiento de la cerámica e intensa labor docente —fruto de la cual surgirán después carreras tan destacadas como las de Ángel Pedraza y Vicente Quismondo—, sino por ser el origen de una

dinastía estrechamente vinculada a la Escuela de Artes y Oficios de Toledo. Por ella pasaron su hijo, José Aguado Villalba (1919-2007), probablemente el mayor especialista en cerámica antigua de esta ciudad, y su nieta, Rosalina Aguado Gómez, ambos también miembros numerarios de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.

Natural de Jimena de la Frontera (Cádiz), donde nació el 11 de junio de 1854, hijo de maestros nacionales, Sebastián Aguado inició sus estudios en Sevilla. En esta ciudad asistió a las clases de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, ampliando su formación en el estudio del pintor Joaquín Díaz y en el taller del escultor Manuel Gutiérrez Cano, quien le recomendó completar su aprendizaje junto a dos importantes escultores barceloneses, los hermanos Agapito y Venancio Vallmitjana. A su regreso a Sevilla, no obstante, decidió dedicarse a la cerámica.

Aprendió el oficio en el popular barrio de Triana e ingresó en la célebre fábrica de Pickmann de La Cartuja. En 1875 iniciará una serie de viajes por Europa para estudiar la fabricación de loza y porcelana, perfeccionando sus conocimientos en las fábricas de Génova y Marsella. También pasó por Nápoles, donde destacó como fundidor de esmaltes.

De regreso en España, se estableció en Madrid en 1886, trabajando para Guillermo de Osma y Arturo Mélida como encargado de la fábrica de Santigós y Cía. Por estas fechas comenzó su labor docente, primero como profesor del Círculo Católico de Obreros del Corazón de Jesús y después en el taller de vaciado de la Escuela Superior de Artes y Oficios de Madrid (desde 1893), donde sustituyó al ceramista Guillermo Zuloaga. Su traslado e instalación definitiva en Toledo se produjo en 1902, como profesor de cerámica y vidriería artística en la Escuela de Artes, a la que permaneció ligado hasta su jubilación, en 1925. Paralelamente, Sebastián Aguado dedicó grandes esfuerzos hasta su muerte, el 13 de julio de 1933, al estudio y la recreación de las cerámicas toledanas de época medieval y renacentista.

Miembro fundador y titular de la medalla número I de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas en 1916, Aguado obtuvo varios reconocimientos nacionales e internacionales. En 1901 obtuvo una mención honorífica en la Exposición Nacional de aquel año, a la que siguió una primera medalla en la Exposición Nacional de 1904. Casi

diez años después, en la Exposición Nacional de 1913 —donde la Escuela de Artes obtuvo una primera presea—, ganaría nuevo diploma. A finales de los años veinte, siendo ya anciano, obtendrá nuevos reconocimientos, como el diploma y la medalla de plata del Certamen Nacional del Trabajo de Bilbao (1928) y diversas distinciones en Grenoble (Francia) y Monza (Italia). También participará en esas fechas en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929.

Sus trabajos documentados en Madrid y Toledo son abundantes. Para la capital del reino restauró la imagen de Nuestra Señora de la Almudena y participó en numerosas obras públicas y privadas. Realizó las vidrieras esmaltadas del palacio de los marqueses de Santo Domingo en el Paseo de la Castellana y la lápida del pintor Rosales. También elaboró los zócalos de azulejería del Hospital de Maudes y colaboró con el arquitecto Antonio Palacios en las obras del Metro de Madrid, para el que hizo los escudos de las estaciones de Sol, Antón Martín y Retiro. Asimismo, intervino en la sede del Círculo de Bellas Artes de Madrid, del cual fue nombrado socio de honor en 1904.

En la ciudad de Toledo, Aguado realizó la decoración de escayola de las galerías, tallas de madera policromada, zócalos de azulejos de arista y artesonados del Alcázar. Elaboró los zócalos de las ermitas de la Virgen del Valle y de Nuestra Señora de la Estrella, así como las azulejerías del vestíbulo del desaparecido Gobierno Militar. Quizá su actuación más a la vista en esta ciudad sean las tejas esmaltadas de los chapiteles de las torres de la Puerta de Bisagra.

Sebastián Aguado contrajo matrimonio en 1909 con su alumna y colaboradora María Luisa Villalba Escudero. Tras su muerte, su viuda y su hijo José mantuvieron abierto su taller y se convirtieron en herederos de su gran legado.

JUAN GARCÍA RAMÍREZ (1847-1934)

A Juan García Ramírez y Méndez (1847-1934), arquitecto municipal de Toledo durante más de cincuenta años, se deben algunos espacios de gran importancia para comprender la renovación urbana que tuvo lugar en esta ciudad entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Suyos fueron el nuevo Matadero municipal de la Puerta del Cambrón (actual instituto Sefarad), el Cementerio Municipal y el Cine Toledo (antecedente

del Cine Imperio, en la Cuesta del Águila). Fue, junto con Ezequiel Martín, el primero de un conjunto de académicos arquitectos del que también han formado y forman parte Álvaro González Saz, Gómez Luengo (padre e hijo), Guillermo Santacruz y Josefa Blanco Paz.

Natural de Toledo, ciudad en la que nació en 1847, Juan García Ramírez se convirtió tempranamente en arquitecto municipal, pues ya lo era en 1876, con apenas treinta años. Afín al neomudéjar madrileño de arquitectos contemporáneos como Rodríguez Ayuso, relación que puede percibirse en el Matadero y ya muy tardíamente en el Monumento al Sagrado Corazón de Jesús (1931-1933), la actividad de García Ramírez fue muy intensa desde los años ochenta del siglo XIX.

Emprendió entonces diferentes realineaciones y cambios de rasante que afectaron a vías tan importantes como Comercio (1881) y Tripería. En 1886, mismo año en que fue nombrado arquitecto diocesano, realizó el proyecto general para un nuevo cementerio en el paseo de San Eugenio, en cuya configuración acabaría participando también Ezequiel Martín. Ambos intervendrán en la construcción del Campo Escolar. En 1889-1892 se realizó bajo la dirección de García Ramírez el Matadero, interviniendo, algunos años más tarde, en el remate del Mercado de Abastos. Fue el arquitecto que proyectó la Venta de Aires en 1891 (oponiéndose años más tarde, en 1923, como presidente de la Comisión de Monumentos, a que se construyera sobre el Circo Romano).

Como responsable de esta agrupación (de la que fue vicepresidente de 1908 a 1919, y después presidente), se debe a este arquitecto la conservación del brocal islámico aparecido en la parte alta de la calle Instituto con la inscripción «*Al-Mulk li-llah, al-Xukr li-llah*» («El poder es de Dios, la gracia es de Dios»), el cual intentó vender al Museo Arqueológico Nacional y sería finalmente adquirido en 1930 por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes con destino al Museo Arqueológico de Toledo (posteriormente, expuesto en el Taller del Moro).

Hombre de gran religiosidad, realizó diversas actuaciones en el terreno de la arquitectura diocesana, entre ellas la construcción del Seminario Conciliar (1889). También recuperó y amplió el denominado «Salón de los Concilios» del Palacio Arzobispal. Una de sus obras más destacadas, ya al final de su larga carrera, fue el monumento al Sagrado Corazón de Jesús, junto a la basílica del Cristo de la Vega. Otras obras destacables

como arquitecto diocesano fueron el refuerzo interior de las naves de la Catedral, la fiel reconstrucción de la torre de la iglesia parroquial de Yuncillos y la restauración de la iglesia de Santiago del Arrabal.

En 1915, tras treinta y ocho años de profesión, García Ramírez intentó abandonar el cargo por razones que desconocemos, probablemente por razones de edad. El Pleno municipal acabó disuadiéndole y continuó trabajando durante una década más, viendo reconocidos sus esfuerzos, en 1930, con la Medalla del Trabajo. Casado con María Asunción Cabareda y Cabareda (fallecida en 1902) y padre de una hija, fue fundador de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (medalla IV) y correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Murió el 25 de febrero de 1934, a los ochenta y siete años de edad. Su sucesor en la Real Academia toledana fue Guillermo Téllez, quien describió a Juan García Ramírez como hombre paternal, bondadoso y piadoso.

TEODORO DE SAN ROMÁN (1850-1933)

Teodoro de San Román Maldonado fue, al igual que Sebastián Aguado, uno de los fundadores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo con mayor proyección familiar dentro de esta institución. No sólo pertenecieron a ella Francisco de Borja San Román (uno de sus siete hijos) y el médico Rafael Sancho de San Román (Toledo, 1935), sino que los tres llegaron a ocupar el puesto de director en determinados momentos de estos cien años de historia.

El primero de todos fue Teodoro de San Román, nacido en León en 1850. Fue durante muchos años director del Instituto Provincial, primer teniente de alcalde (y alcalde accidental, puntualmente) y autor de diversos trabajos históricos, la mayoría de ellos relacionados con Toledo. A esta ciudad, a la que se incorporó como catedrático de Geografía e Historia en 1891, permaneció vinculado durante más de cuarenta años.

Anteriormente había pasado por Teruel y Zaragoza, donde realizó sus estudios de segunda enseñanza y de bachillerato. Tras doctorarse en Filosofía y Letras por la Universidad Central, y ya con los títulos de Magisterio elemental, superior y normal, Teodoro de San Román se licenció en Derecho civil y canónico (llegando a ejercer como abogado, esporádicamente, en Toledo). Fue profesor en Guadalajara, Reus

(Tarragona), Cuenca y Ávila. En la primera de estas cuatro ciudades contrajo matrimonio con Amparo Fernández en 1878. El matrimonio tuvo siete hijos: Pilar, Natalio, Rafael, Francisco de Borja, Teresa, Amparo y Teodoro.

Poco después de instalarse en Toledo fue nombrado director del Instituto, donde contribuyó a formar a dos generaciones de investigadores de la ciudad. En esta dimensión ha sido estudiado por especialistas como José María Ruiz Alonso, autor de *La edad dorada del Instituto de Toledo (1900-1937)*, investigación publicada por Ediciones Almud. En 1931, a edad ya muy avanzada, pronunció una emocionada defensa de la profesión de maestro en el homenaje que el Instituto realizó al importante pedagogo José Lillo Rodelgo (1887-1960), miembro, a su vez, de la Real Academia toledana. Sus palabras fueron recogidas el 4 de abril en la revista de primera enseñanza *La Bandera Profesional*.

Su campo como investigador fue amplio. Se interesó por la Castilla medieval y el reinado de Alfonso X el Sabio, la personalidad de Cisneros y las ruinas del convento de La Salceda. También escribió sobre el arzobispo toledano Valero y Losa. En 1914 fue vicepresidente de la comisión ejecutiva del Centenario del Greco en esta ciudad, subordinado al alcalde de Toledo en aquel entonces, Félix Conde.

Menos conocida es su faceta como concejal, cargo que ejerció en varias ocasiones durante las dos primeras décadas del siglo XX. Impulsó varias medidas relacionadas con el patrimonio monumental y el urbanismo, desde obligar a los vecinos a reponer el pavimento de granito de las aceras correspondiente a sus fachadas hasta otorgar su denominación actual a determinadas calles con nombres de personajes históricos, como Juan de Mariana y Gerardo Lobo. Políticamente conservador (fue secretario de Unión Patriótica), San Román recibió numerosas críticas por parte de la prensa republicana, entre ellas las del abogado y periodista Cándido Cabello (quien años más tarde sería interlocutor del coronel Moscardó en la célebre llamada telefónica al Alcázar). Este le calificó como «edil moral y elocuente» en un poema burlesco para ridiculizar su decisión de prohibir los bailes de máscaras en el Teatro de Rojas.

Teodoro de San Román fue miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 1898 hasta su muerte, en 1933, a los 82 años de edad. Durante los seis últimos fue director de la Real Academia

de Bellas Artes y Ciencias Históricas, que había contribuido a fundar en 1916.

NARCISO ESTÉNAGA (1882-1936)

Narciso Esténaga fue el primero de los dos obispos —el otro es Ángel Fernández Collado, auxiliar de la Archidiócesis de Toledo, académico numerario (2004) y académico honorario desde 2017— que han formado parte de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Se trata, por otra parte, de uno de los eclesiásticos de esta corporación que han sido beatificados por la Iglesia católica tras ser asesinado en el año 1936, junto con José Polo Benito (sucesor de Esténaga como deán de la Catedral de Toledo), Agustín Rodríguez y Rafael Martínez Vega.

Natural de Logroño, donde nació el 29 de octubre de 1882 de padres humildes, Narciso Esténaga Echevarría quedó huérfano muy joven. Sus primeros años de formación tuvieron lugar en el Seminario Aguirre para niños pobres de Vitoria, tutelado por María Josefa Sancho de Guerra, fundadora de las Siervas de Dios y primera santa vasca, quien pagó sus estudios y le envió al Seminario de Toledo.

Aquí demostró ser un estudiante brillante, obteniendo las máximas calificaciones dentro y fuera del Seminario (también en el Instituto, donde estudió asignaturas como Francés e Historia Universal). Su trayectoria eclesiástica, desde los primeros años del siglo XX, fue en rápida progresión desde 1905, cuando se presentó por primera vez a las oposiciones a magistral. En 1909 llegó a canónigo por oposición, convirtiéndose en arcediano cuatro años más tarde, y poco después en deán de la Catedral de Toledo.

En esta ciudad permaneció hasta 1923, año en el que trasladó su residencia a Ciudad Real al ser consagrado, por mediación del rey Alfonso XIII, obispo-prior de las Órdenes Militares de Caballería de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. Su marcha hizo que quedara inconcluso su proyecto de catalogar el inmenso archivo de la Catedral.

Hombre de gran cultura, políglota y excepcional orador —según transmitió la prensa de su época y recogió su biógrafo, el historiador López de la Franca—, Esténaga fue miembro fundador de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (medalla

XX). El 19 de febrero de 1922 fue elegido, tras el fallecimiento de Ramírez de Arellano, segundo director de esta institución. No obstante, su traslado a Ciudad Real motivó su renuncia al cargo (en el que fue sustituido por Hilario González) y también a su condición de académico numerario, convirtiéndose en correspondiente y, posteriormente, el 4 de noviembre de 1923, en académico honorario. Fue también correspondiente de las reales academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, y reconocido por la primera con el premio instituido por el Barón de Santa Cruz de San Carlos. Entre sus distinciones internacionales sería posible destacar la condecoración de caballero de la Orden de la Corona de Bélgica (de cuya familia real era amigo personal) y la Orden Odrodzenia Polski (Polonia Restituta).

El 22 de abril de 1936 participó en la iglesia de las Trinitarias de Madrid (donde descansan los restos de Miguel de Cervantes) en un homenaje a Lope de Vega, organizado por la Real Academia de la Lengua con motivo del tercer centenario del poeta y dramaturgo madrileño. Justo cuatro meses después, ya iniciada la Guerra Civil española, sería fusilado en Peralvillo (Miguelturra, Ciudad Real) junto con su capellán, Julio Melgar. Fue beatificado por el papa Benedicto XVI el 28 de octubre de 2007, junto con otros sacerdotes asesinados en la misma contienda.

VICENTE CUTANDA (1850-1925)

Vicente Cutanda, cuya obra *Fuera de combate* (1895) atesora el museo de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, está considerado uno de los pintores más notables de esta ciudad durante la primera mitad del siglo XX. Toledo tiene una de sus más importantes deudas pendientes con este artista, nacido en Madrid en 1850 y especialmente renombrado por sus escenas de trabajadores, como *Una huelga de obreros en Vizcaya* (Museo del Prado), que le valió la Medalla de Primera Clase en la Exposición Internacional de Madrid de 1892. Afortunadamente, un especialista en historia toledana de los siglos XIX y XX ultima una monografía sobre su trayectoria a la espera de que el Museo de Santa Cruz u otra institución equivalente le dedique la exposición antológica que merece.

Alumno de la Escuela Especial de Pintura de Madrid entre 1868 y 1870, Cutanda adquirió una temprana relación con Toledo, convirtiéndose en

1884 en profesor de Dibujo de su Sociedad Cooperativa de Obreros. En 1887 dio ya sobrada muestra de su talento al obtener la Medalla de Tercera Clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid con la obra *A los pies del Salvador* (Museo del Prado). Poco después tuvo la oportunidad de instalarse en Roma merced a una beca de ampliación de estudios en el Regio Instituto de Bellas Artes.

Asiduo articulista e ilustrador en periódicos y revistas de toda España, como *Blanco y Negro* y *El Liberal*, durante la última década del siglo XIX continuarían sus reconocimientos, como el Gran Diploma de la Exposición de Bellas Artes de Barcelona y otros premios y medallas en Bilbao, Alicante y Gijón, entre otras importantes ciudades. En 1896 obtuvo un Premio de Primera Clase en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, así como el Diploma de Cooperación de la Diputación Provincial de Madrid.

En 1900, con cincuenta años, fue nombrado profesor numerario de Dibujo del Instituto de Segovia (1900), destino al que seguiría una plaza en Logroño y la dirección de su Escuela de Artes e Industrias. Al año siguiente volvió a Toledo, como profesor de estudios especiales de Dibujo y Composición Decorativa, convirtiéndose posteriormente en profesor de Dibujo Artístico y director de la Escuela de Artes.

Fue en 1910, al tiempo que obtenía un nuevo reconocimiento: un Diploma de Primera Clase en la Exposición Nacional de Arte Decorativo de Madrid.

Miembro de honor y vicepresidente del Círculo de Bellas Artes de la capital española, ingresó como correspondiente en la Real Academia de San Fernando en 1911.

En 1916 se convirtió en fundador y académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (medalla XIII), de la que fue su primer censor. Aportó tres trabajos de interés al *Boletín* de esta institución, relacionados con las iglesias de San Miguel el Alto, San Lorenzo y San Andrés.

Posee obra en pinacotecas nacionales e internacionales, como la Sala Sobieski de los Museos Vaticanos, donde se expone su *Santa Teresa en éxtasis*. El Museo de Santa Cruz de Toledo posee *La Virgen Obrera*, una de sus obras más conocidas. Falleció en Toledo el 10 de diciembre de 1925.

JUAN MORALEDA Y ESTEBAN (1857-1929)

La vida y producción investigadora del médico y erudito Juan Moraleda y Esteban —con el que finaliza el recorrido dedicado a los fundadores de la Real Academia toledana, y que a partir de ahora proseguirá con la sucesión de directores de esta institución hasta la actualidad— fue tan amplia que ha alimentado estudios como el que le dedicó, hace ya cuarenta años, Manuel Sánchez Calvo: *Vida y obra del médico toledano don Juan de Mata Moraleda y Esteban* (Caja de Ahorro Provincial de Toledo, 1977). Más recientemente, han tomado el testigo investigadores como Jesús Gómez Fernández-Cabrera, responsable del blog Villa de Orgaz, municipio del que Moraleda fue cronista desde 1886 y al que dedicó varios trabajos.

Allí nació el 10 de febrero de 1857, aunque su familia se trasladó a la capital provincial cuando él contaba apenas un año de edad. Aquí realizaría sus primeros estudios, hasta el bachiller. En 1873 se trasladó a Madrid para estudiar Medicina en la Universidad Central, obteniendo siete años después el título de licenciado.

Su primer destino como médico, simultaneado ya con sus primeras investigaciones históricas —como *Tradiciones y recuerdos de Toledo* (Imprenta de Cea, 1883); libro reeditado en Toledo en varias ocasiones, entre otras por Menor Hermanos (1888), Zocodover (1983) y mucho más recientemente por Ledoria (2013)—, fue en la villa de Nambroca, a donde se trasladó en 1882.

En 1892 fue nombrado médico de la Beneficencia Municipal, siéndole adjudicado el V Distrito (correspondiente a la zona de arrabales y extramuros). Mantuvo su ocupación como sanitario hasta el fin de sus días, siendo reconocido como decano del Cuerpo de Médicos en 1929 (el mismo año en el que falleció, a la edad de 72). A continuación, enumeramos algunos de sus trabajos sobre esta temática: *El cólera en Toledo en 1890* (Menor Hermanos, 1891); «La medicina y la farmacia en Toledo», artículo publicado en el periódico *El Día* en 1898; *El agua en Toledo* (Serrano, 1908); *Médicos y farmacéuticos célebres de Toledo y sus obras* (Viuda e hijos de J. Peláez, 1911) y *Hedores y aromas: disquisición referente a hechos de química orgánica* (Viuda de López del Horno, Madrid, 1921).

De 1892 es otro de sus libros más conocidos, *Leyendas históricas de*

Toledo (Menor Hermanos), del que existe otra reedición reciente, publicada por Covarrubias en 2011, con introducción y notas de Carlos Pantoja Rivero. Este investigador se ocupó, en 2015, de la reedición de *Cristos populares de Toledo*, también impulsada por Covarrubias al cumplirse un siglo desde que esta obra vio la luz. En 2002, Antonio Pareja editó *Fiestas Toledanas* a partir de los textos de Moraleda aparecidos en *La Campana Gorda*. Otro de sus trabajos de importancia es *Bibliografía toledana de la Guerra de la Independencia* (Viuda e Hijos de J. Peláez, 1911).

No disponemos aquí de suficiente espacio como para realizar una relación aproximada de sus obras, pero sí mencionaremos algunas de sus inquietudes, que fueron desde la tauromaquia hasta la literatura de viajes.

Hombre profundamente religioso, Moraleda y Esteban se interesó por diferentes aspectos de la Iglesia toledana. En 1891, con Menor Hermanos, publicó *La Virgen del Sagrario de Toledo y su basílica*. Siete años después, con la Imprenta de Lara, *Santa Leocadia, Virgen y Mártir*. Entre 1904 y 1911, con Florencio Serrano y Gómez Menor, firmó varios opúsculos sobre los mozárabes toledanos, seguidos por *Los seises de la ciudad de Toledo* (1911) y por *La Cruz y Toledo: centenario constantiniano* (Viuda e Hijos de J. Peláez, 1913). De 1917, con motivo del centenario del cardenal Cisneros, es su trabajo *Estratagema de Cisneros en la batalla de Orán* (Mauricio S. Gómez).

Prueba de sus inquietudes genealógicas es el opúsculo *El apellido Moraleda*, publicado por Serrano en 1903 y reeditado al menos en dos ocasiones, por Gómez Menor (1912) y Lara y Garcés (1915). En 1908 trabajó en una disquisición sobre el apellido Rojas, mientras que en 1914 prologó el estudio de Alonso de Arroyo *Los Varona y Sotomayor: su genealogía e historia* (Lara y Garcés). La numismática fue otra de sus obsesiones. Dedicó a este tema varios trabajos, en castellano y en francés, como los que envió a Bruselas en 1891 y al Congreso Internacional de París de 1900. De 1892 es su *Catálogo de la colección de monedas y medallas* (Menor Hermanos), seguido, un año después, por *Numismática toledana* (Lara, 1893).

A los dichos de esta ciudad dedicó, en 1911, su *Paremiología toledana o Tratado de los refranes* (A. Garijo), que en 2011 reeditó Covarrubias —con estudio de Luis Alberto Hernando Cuadrado— bajo el título

Refranes y dichos toledanos. Otra de sus obras, bastante temprana, fue *Cantares populares de Toledo*, que publicó siendo ya cronista de la villa de Orgaz, en 1889. Moraleda y Esteban dedicó varios trabajos a su lugar de nacimiento, entre ellos una *Historia de la muy noble, antigua y leal villa de Orgaz*, manuscrito de 1887 conservado en la Real Academia de la Historia y a partir del cual Gómez-Menor realizó una edición en 1964. También conocidos son sus *Romances orgaceños* (1900), a cuya primera edición, en la Imprenta de Florentino Serrano, siguió otra en 1998. Del año 1903 es su testimonio «A la memoria de los hijos de Orgaz sacrificados por la Partida de los Palillos capitaneada por Rito Flores», suceso de la Guerra Carlista que tuvo lugar el 25 de febrero de 1839. En 1906, para finalizar, publicó el opúsculo *Notas orgaceñas*.

Concluiremos este recorrido mencionando varios de sus trabajos publicados en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, de la que era correspondiente por Toledo: «Las cuevas de Olihuelas» (1894), «Mercurio de bronce descubierto en La Puebla de Montalbán» (1904) y «Nueva inscripción romana de Toledo» (1907).

Presidente de la Sociedad Arqueológica y la Sociedad de Escritores de Toledo, Juan de Mata Moraleda y Esteban fue miembro fundador de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Rafael Ramírez de Arellano le retrató, con la medalla XV y la Real Orden de Carlos III en la solapa, la cual se le autorizó como blasón y escudo de armas de su familia.

JULIO PASCUAL (1879-1967)

Julio Pascual fue el séptimo director de la Real Academia toledana. Primero, responsable accidental durante buena parte de la Guerra Civil —desde el 27 de diciembre de 1937 hasta el 29 de mayo de 1939—, tras la cual tomó parte en la restauración de piezas como la Custodia de Enrique de Arfe (Catedral) y el Cristo Resucitado del Greco (Hospital Tavera). Segundo, desde el 23 de mayo hasta el 24 de octubre de 1948, fecha en que se convirtió en director efectivo hasta su muerte, casi veinte años después.

Forjador, profesor de Metalistería y gran dibujante, fue un artesano tan apreciado en la ciudad como fuera de ella, obteniendo abundantes reconocimientos en exposiciones nacionales y condecoraciones tales como

la Orden de Alfonso X el Sabio (1952). Muy recientemente, en 2014, la Fundación Soliss editó un libro sobre su legado, *Hierros artísticos. Julio Pascual*, de Pilar Fernández Vinuesa y Renate Takkenberg-Krohn. Este volumen fue presentado en la Casa de Mesa, sede anterior sede de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.

Nacido en Toledo el 20 de diciembre de 1879, en el seno de una familia de tintoreros —años después, para inculcar espíritu de superación entre sus alumnos, recordaría entrañablemente que «de niño no quería ser tintorero, sino Tintoretto»—, Julio Pascual comenzó a estudiar dibujo artístico con el pintor José Vera. No comenzó su aprendizaje de forja hasta los 23 años, con el maestro Vicente González. Pronto se convirtió, gracias a su manejo de las herramientas de forjador y metalista, y de la capacidad para los volúmenes que le habían otorgado sus conocimientos previos de dibujo, en un maestro de las técnicas del repujado y el cincelado. Profesor de Metalistería en la Escuela de Artes y Oficios Industriales de Toledo, enseñó las técnicas de la forja, el repujado y el esmalte (que conoció en los talleres de la Fábrica de Armas después de que Enrique Vera incorporase las novedades adquiridas al ser becado en Suiza).

En 1906, a los 25 años, abandonó su trabajo en la Fábrica de Armas e instaló su propio taller de rejería en su casa de la calle San Juan de la Penitencia, 10. En aquel entonces ya había sido reconocido con dos cruces al Mérito Militar (1904) y una tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1906, a la que seguiría una segunda medalla dos años más tarde. Durante los años veinte, cuando su trabajo fue premiado con la Medalla de Plata de la Exposición Internacional de Filadelfia de 1926 y fue nombrado caballero de la Orden Civil de Alfonso XII (1929), su taller fue visitado por personalidades tales como el rey Alfonso XIII, la reina María de Rumanía o la infanta Isabel, entre otras. En 1930 obtuvo el primer premio dentro del Concurso Nacional de Artes Decorativas. Mucho después, el 29 de mayo de 1952, le fue concedida la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

También fue profeta en su tierra. Muchas de sus obras para Toledo se conservan, aunque no todas en el mejor estado posible. Entre las más importantes, sería posible mencionar las rejas de la Capilla Mozárabe de la Catedral, la Estación de Ferrocarril y la Escuela de Artes, así como

los cerramientos de la ermita de la Virgen del Valle, la mezquita del Cristo de la Luz y el sagrario y lámparas de la iglesia de Santo Tomé. De sus distinciones más relacionadas con Toledo, cabría mencionar el Primer Premio Provincial de Artesanía (1940) y la Medalla de Plata de la Ciudad (1968), a título póstumo.

Julio Pascual ingresó en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo como miembro numerario (medalla III) el 6 de julio de 1919, sustituyendo al abogado Juan García-Criado. Su discurso de ingreso fue «La rejería toledana». Permaneció ligado a la institución durante casi medio siglo, hasta el día de su muerte, el 16 de diciembre de 1967, a los 88 años.

JUAN F. RIVERA RECIO (1910-1991)

Juan Francisco Rivera Recio (Cebolla, 1910-Toledo, 1991) fue el noveno director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Sacerdote, historiador y profesor, canónigo archivero y bibliotecario de la Catedral de Toledo durante más de tres décadas, Rivera Recio destacó desde su juventud por un brillante expediente académico —le procuró la Medalla de oro de la Universidad Gregoriana de Roma— y por la creación, con el apoyo de la Diputación Provincial, del Instituto de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET), editor de la revista *Anales Toledanos* e institución cultural de referencia hasta el cese de su actividad hace ya algunos años.

Natural del pueblo toledano de Cebolla, donde nació el 16 de junio de 1910, ingresó tempranamente en el Seminario de Toledo, donde cursó estudios humanísticos y filosóficos. Al iniciar los cursos de la carrera de Teología, fue enviado a Roma (1929), donde se matriculó en la Universidad Gregoriana, regida por los Jesuitas.

Culminados sus estudios (1934) y defendida su tesis doctoral, Juan Francisco Rivera Recio cantó su primera misa el 29 de julio de ese mismo año y solicitó al cardenal Gomá permiso para matricularse en la Facultad de Historia Eclesiástica que acababa de implantarse en esa misma universidad. El permiso le fue concedido, pero la Guerra Civil española desencadenaría su regreso a España en octubre de 1936, debiendo esperar a doctorarse en Historia de la Iglesia hasta 1962.

Su primer destino en Toledo como sacerdote fue el de coadjutor de la parroquia de San Nicolás (1936), impartiendo a partir de 1939 la asignatura de Historia de la Iglesia en el Seminario Mayor (hasta 1969). En 1941 se convirtió en capellán de la Maternidad Provincial y en archivero beneficiado de la Catedral, ocupación que tuvo hasta ser nombrado, a partir de 1947, canónigo archivero y bibliotecario catedralicio (1947-1975). Ese mismo año se licenció en Filosofía y Letras. Compaginó su actividad con la fundación de revistas como *Liturgia* y *Anales Toledanos*, publicación del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Miembro numerario y director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, fue correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. La Universidad de Bolonia premió sus esfuerzos como investigador nombrándole doctor Honoris Causa.

La mayor parte de la producción de Juan Francisco Rivera Recio —cuya figura fue recordada por sus compañeros de la Real Academia toledana en el homenaje póstumo que se le rindió el 16 de mayo de 1991, y cuya memoria también honró el Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso, a través de Ramón González— estuvo relacionada con la historia de la Iglesia en Toledo, desde la época visigoda hasta la Guerra Civil.

En 1958 publicó, en dos volúmenes, *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo (1936-1939)*, cuyo desarrollo y dialéctica son hijos de su época. En 1963 publicó sendos trabajos sobre San Eugenio, *San Eugenio de Toledo y su culto* y *Los textos hagiográficos más antiguos sobre San Eugenio de Toledo*. Profundizó en el pasado medieval con *La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1966-1976)*, investigación en dos volúmenes publicada en Roma y Toledo, a la que seguirían, también en dos tomos, *Los arzobispos de Toledo (1969 y 1973)*. Durante la década de los ochenta volvió nuevamente la mirada a la época de los Concilios, presentando *Historia y doctrina del adopcionismo español del siglo VIII* (Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso, 1980) y *San Ildefonso de Toledo. Biografía, época y posteridad*, Biblioteca de Autores Cristianos, 1985.

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN (1935—)

El doctor Rafael Sancho de San Román (Toledo, 1935) es el más antiguo de los directores vivos de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, institución en la que ingresó en el año 1969 como numerario, de la que fue vicesecretario y a cuya cabeza permaneció entre finales de 1979 y finales de 1984. Se trata del tercer miembro de la familia San Román —tras Teodoro (1850-1933) y Francisco de Borja (1887-1942)— que desempeñó este cargo.

Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Salamanca, diplomado en Sanidad y Psicología clínica, ha destacado especialmente por su labor en el Hospital Psiquiátrico Provincial y por sus trabajos de investigación en el campo de la historiografía médica, muchos de ellos relacionados con Toledo. En esta ciudad nació el 8 de octubre de 1935, realizando sus primeros estudios en el colegio de las Ursulinas y el bachillerato en el Instituto de Enseñanza Media.

Sus publicaciones como historiador de la medicina son muy numerosas. Una de las más tempranas fue *La medicina y los médicos en la obra de Tirso de Molina*, con la que se incorporó en 1959 a la Sociedad de Médicos Escritores y Artistas. Este trabajo fue editado al año siguiente por el Seminario de Historia de la Medicina Española de la Universidad de Salamanca. De la misma época son textos como «Vida y obra de Gaspar Casal» (1959), «La obra psiquiátrica del doctor Pi y Molist» (1960) y «La obra psiquiátrica de Giné y Partagás» (1960). En 1960, aún vinculado a la Universidad de Salamanca, trabajó en un *Catálogo de las disertaciones y memorias de la Regia Sociedad Médica de Sevilla (1736-1819)*. Ha escrito biografías de médicos como López-Fando y Gregorio Marañón. También ha publicado abundantemente sobre literatura neurológica, sobre la pestilencia en época del Renacimiento español, sobre los estudios médicos en la antigua Universidad de Toledo y sobre hospitales, como el del Nuncio. Fuera de la historiografía médica, se ha interesado por temas como la pintura, la escultura y la literatura, en concreto la poesía.

Miembro fundador de la Sociedad Española de Historia de la Medicina y numerario de la Sociedad Española de Grafología, el doctor Sancho de San Román es correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Medicina de Salamanca, miembro del Club du

Cirque de Paris y consejero del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET).

Rafael Sancho de San Román ingresó en la Real Academia toledana (medalla III) con un discurso sobre la medicina en Toledo, ocupando la vacante dejada por Julio Pascual. Además de sus labores como directivo —presidió la audiencia concedida por el rey Juan Carlos I a los académicos en el Palacio Real en mayo de 1980—, realizó los discursos de contestación de los académicos Juan Nicolau, Luis Alba y Tomás Camarero. En 2014 renunció a las obligaciones de académico numerario, siendo sustituido por el historiador y archivero Miguel Gómez Vozmediano. La institución le rindió homenaje en 2006, con la publicación del libro *Ars longa, vita brevis*, editado por Antonio Pareja.

Uno de sus hijos, Rafael Sancho Zamora, que fue director general de Incentivación Empresarial de Castilla-La Mancha, está asimismo ligado a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas como correspondiente.

JULIO PORRES MARTÍN-CLETO (1922-2011)

Fue, junto con Fernando Jiménez de Gregorio (1911-2012), el máximo representante de la historiografía toledana del siglo XX. Su libro *Historia de las calles de Toledo* (IPIET, 1971; reeditado en 1982, 1988 y más recientemente en 2002, en la accesible edición de Bremen) continúa siendo una obra de imprescindible consulta. Tanto como su estudio sobre la *Desamortización del siglo XIX en Toledo*, publicado por primera vez hace ya más de medio siglo. Julio Porres Martín Cleto fue maestro de varias generaciones de historiadores, vicepresidente y director técnico del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos y consejero provincial de Bellas Artes, además de diputado y concejal en el Ayuntamiento de Toledo. A él está dedicada la calle de la Ciudad.

Nació en plena plaza de Zocodover en mayo de 1922, unos metros por encima del desaparecido Café Español, frente al Arco de la Sangre. Era hijo de Julián Porres de la Presilla y de Nieves Martín-Cleto Bandrés. Su padre regentaba una ferretería que fundaron sus abuelos paternos, quienes se instalaron en Toledo procedentes del valle de Mena (Burgos). Su familia materna estaba vinculada al mundo del Derecho y de la administración pública, dado que su abuelo materno, Buenaventura

Martín-Cleto, era secretario Judicial. Su tío, Emilio Martín-Cleto, funcionario de Hacienda, se haría cargo de su educación al quedar huérfano de padre en 1936.

Realizó sus primeros estudios en el colegio de Zacarías de San Vicente (Callejón de Menores) y en el Instituto de Enseñanza Media de Toledo, donde se graduó en 1937. Maestro nacional por la Escuela Normal de Toledo en 1940 —en donde conoció a su amigo y maestro Guillermo Téllez (1897-1972)—, se licenció en Derecho por la Universidad Central de Madrid en 1945.

Julio Porres fue letrado asesor en la Delegación de Sindicatos en 1946 y tres años después ganó plaza de jefe técnico del Servicio de Mutualidades Laborales, de donde salió como excedente voluntario en 1970. Entretanto, en 1948, ingresó por oposición en el Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado. Finalizó su carrera administrativa como tesorero en la Delegación de Hacienda de Toledo, donde se jubiló por edad en mayo de 1987.

Fue concejal y teniente de alcalde en el Ayuntamiento de Toledo, así como diputado de Educación y Cultura. La Diputación, precisamente, le nombró cronista oficial.

Ingresó en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo el 10 de mayo de 1964 (medalla VIII), permaneciendo vinculado a esta institución hasta su muerte, casi cincuenta años después. En ella ocupó los cargos de censor (1968-1984), desde el cual redactó los nuevos estatutos y su reglamento, que aprobó el Instituto de España. El 20 de diciembre de 1984 fue elegido director. Reelegido en 1990, permaneció como tal hasta 1995. De sus numerosos informes y mociones para la Real Academia sería posible destacar algunos como el que brindó su denominación al barrio de Santa María de Benquerencia, el informe a la Dirección General de Bellas Artes sobre el Inventario resumido de monumentos de arquitectura militar de la provincia, o la creación de los premios ‘Gonzalo Ruiz de Toledo’, destinados a reconocer la conservación de edificios por parte de particulares y entidades. Solamente en la revista *Toletum* publicó cuarenta trabajos, entre artículos, mociones y propuestas, además de ocho discursos de contestación tras el ingreso de nuevos académicos numerarios.

De sus abundantes monografías destacaremos especialmente, además

de su trabajo más conocido, *Historia de las calles de Toledo, La desamortización del siglo XIX en Toledo* (1966; segunda edición en 2001); *Toledo y los toledanos en 1561*, en colaboración con Linda Martz (1975), y *Toledo a través de sus planos* (1989). Tras su cese como director, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas publicó en su honor el libro *Luz de sus ciudades* (2008).

Julio Porres Martín Cleto fue correspondiente en Toledo de las reales academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, y también de la Academia de Ciencias de la Invención, Ingeniería e Investigación de México. Fue vicepresidente y director técnico del IPIET, miembro del Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes y consejero provincial de Educación y Bellas Artes. Miembro correspondiente en Toledo del Instituto de Estudios Manchegos y del Patronato de la Real Fundación de Toledo, esta institución le otorgó su premio de honor. También estuvo en posesión de la Cruz de la Orden de Cisneros. El retrato que acompaña a estas líneas, conservado en la Real Academia —de la cual es numerario uno de sus hijos, el historiador Julio Porres de Mateo, adjunto a la dirección del área de Cultura de la Diputación—, es obra de Francisco Rodríguez, ‘Frasco’.

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ (1931—)

Félix del Valle, director de la Real Academia entre 1995 y 2005, nació en Belvís de la Jara el 19 de junio de 1931, en una familia de forjadores de rejas. La artesanía del metal y su enseñanza, en la Escuela de Artes de Toledo, han sido sus principales obsesiones durante más de sesenta años, prácticamente desde que sus padres se trasladaron a la capital provincial al escasear el trabajo de la forja durante la Guerra Civil.

Tras realizar sus primeros estudios en el Grupo Escolar Santiago de la Fuente —y simultanear las clases con el oficio de botones uniformado en la consulta de un médico, con sólo diez años, debido a las necesidades de la posguerra—, Félix del Valle ingresó como oyente en la Escuela de Artes y Oficios, institución a la que permanecerá vinculado como profesor hasta su jubilación. Durante sus primeros años obtuvo diversos premios hasta ser nombrado ayudante meritorio. Paralelamente, comenzó su especialización en artes aplicadas, graduándose en el ejercicio del damasquinado, la esmaltería sobre metal y la pintura sobre vidrio.

Ganó tempranamente una beca para estudiar Bellas Artes en Madrid gracias a una exposición de la asociación de artistas Estilo, pero circunstancias familiares le impidieron aceptarla. Sí obtuvo, a los diecinueve años, por oposición, una plaza de oficial de primera en la Fábrica de Armas, que abandonó a los dos meses para montar su propio taller de repujado, damasquinado y esmalte.

Durante los años siguientes, Félix del Valle se convertirá en profesor de la Escuela de Artes, institución de la que llegará a ser subdirector. Recuerdo de aquellos años es el haber sido elegido presidente de honor de la Asociación Nacional de Maestros de Escuelas de Artes. Allí impartirá las enseñanzas de Damasquinado, Repujado y Cincelado, Esmalte a Fuego, Repujado en Cuero, Grabado a Butil y al Ácido, Historia del Arte Aplicada y Dibujo Artístico. Mientras tanto se licenció en Bellas Artes por la Universidad Complutense, doctorándose años después, a comienzos de la década de los años noventa, con una tesis sobre los procesos electroquímicos aplicados a la restauración de la orfebrería esmaltada.

Ponente en varios congresos artesanos y profesor invitado de la Escuela de Arte III de Madrid y de la Facultad de Teología de San Dámaso, ha resultado ganador de premios como el Alcora de la Real Academia toledana (1949) y el I Premio de Artesanía de Toledo (1951). En 1953 obtuvo la medalla de plata en la I Exposición Internacional de Artesanía de Madrid, y cuatro años más tarde otra medalla de plata en la I Exposición Internacional de Artesanía de Granada. En 1967, mención de honor y premio en el I Concurso Nacional de Artesanía del Ajedrez, y primer premio y medalla de oro en el Concurso de Artesanía de La Mancha (Valdepeñas). En 1970 recibió el título de ‘Artesano ejemplar’ de manos de Francisco Franco.

Posee obras repartidas por diversas instituciones nacionales y extranjeras, entre ellas los Museos Vaticanos y colecciones privadas de Japón, Estados Unidos, Alemania y Francia. Por su carácter simbólico, destacan el bastón de mando en homenaje a Julio de San Román, presidente de la Diputación, y dos placas en honor a Guillermo Téllez y Fernando Jiménez de Gregorio.

Su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (medalla XXIII) se produjo en 1977, con un discurso de ingreso

sobre «La artesanía en la Historia y el maestro Francisco de Villalpando». Fue director de esta institución entre el 12 de enero de 1995 y el 7 de junio de 2005. Cuatro años después apareció publicado en dos volúmenes el libro-homenaje *Lo uno y lo múltiple*, coordinado por Ramón González y con testimonios de otros académicos. También es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, Innovación e Ingeniería de México.

Del Valle ha sido asimismo concejal y teniente de alcalde en el Ayuntamiento de Toledo, donde desempeñó los cargos de delegado de Arte y Cultura, y de Relaciones Interciudades. De entre sus trabajos publicados es posible destacar el catálogo de *La espada en Toledo*, exposición homenaje a los históricos gremios de espaderos que tuvo lugar en la Mezquita de Tornerías en 1997. Con él y con las yeserías de la Casa de Mesa a sus espaldas lo representó la pintora Isabel Guerra en el retrato anterior, conservado en la Real Academia.

RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ (1928—)

La capacidad didáctica e investigadora de Ramón González Ruiz (Puebla de Alcocer, Badajoz, 1928) le ha hecho merecedor de varios reconocimientos, entre ellos el Premio de la Real Fundación de Toledo, que le fue otorgado hace veinte años, y una reciente Medalla de la Federación de Asociaciones de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas (Anabad). Con él prosigue esta serie dedicada a los fundadores y directores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo —lo fue entre 2005 y 2010—, desde su creación en 1916 hasta la actualidad.

Ramón González repartió desde temprana edad sus esfuerzos al servicio de la Iglesia con la investigación histórica. Estudió en el Seminario Menor de Toledo, pasando después al Mayor y cursando, entre 1940 y 1952, cinco años de Humanidades, tres de Filosofía y cuatro de Teología.

Ordenado sacerdote en 1952, fue destinado a regir cuatro parroquias rurales en la provincia de Guadalajara. Tres años después, fue enviado a Roma a cursar estudios superiores (1955-1959). En la Universidad Gregoriana obtuvo las licenciaturas en Historia Eclesiástica y en Teología, así como un Máster en Archivística y Paleografía en la Escuela de Archivística y Paleografía del Archivo Secreto Vaticano. Años más tarde

obtuvo la licenciatura en Historia Civil en la Universidad de Oviedo (1973-1974), etapa en la que también realizó el curso de doctorado en la Universidad Complutense. Veinte años después, defendió su tesis doctoral en esta misma universidad.

Como docente, Ramón González ha sido profesor en el Colegio de Carmelitas de Toledo y en el Seminario Mayor (1964-1968). Fue profesor de Historia de la Iglesia en el Instituto Teológico San Ildefonso durante treinta años (1968-1998), así como en el Colegio Universitario de Toledo (1974-1977) y en el Bienio Teológico (2003-2008). Como archivero de la Catedral de Toledo, actividad en la que ha guiado y aconsejado a centenares de investigadores, fue beneficiado auxiliar (1974-1976) y después canónigo archivero mayor y bibliotecario, asumiendo esta tarea en 1976 y desempeñándola durante casi treinta años, hasta 2003.

Consejero del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos durante sus cincuenta años de existencia (desde su constitución, en 1964, hasta su desaparición en el año 2014), González es miembro fundador de la Asociación de Archiveros Eclesiásticos de España (1971), y vocal de la junta nacional de la Asociación de Archiveros de la Iglesia de España (1984). En 1976 fue director del Departamento de Historia del Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes de San Eugenio de Toledo.

Miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo desde 1972, es asimismo correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid (1988), de la Real Academia Catalana de Belles Arts de San Jordi, de Barcelona (1990), de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes (2008), y miembro del Instituto de Estudios Madrileños (2009). La Real Academia toledana publicó en su honor *Saber y entender. Homenaje a Ramón González Ruiz*, en dos volúmenes que fueron presentados en 2014.

Como investigador, sus principales líneas de trabajo versan sobre catalogación de códices, historia de la imprenta incunable toledana, liturgia hispanomozárabe, la Biblia de San Luis y la historia medieval de la iglesia de Toledo. Ha publicado una decena de libros y más de 150 artículos en revistas y publicaciones periódicas. De todos sus trabajos es posible destacar *Hombres y Libros de Toledo (1100-1300)*, publicado

en 1997 por la Fundación Areces, y *La Biblia de San Luis*, edición crítica del facsímil en tres volúmenes publicado por Moleiro en 2003-2004. Asimismo, es posible mencionar sus *Estudios sobre la Imprenta Incunable Toledana* (Antonio Pareja, 2013), así como *Estudios sobre san Ildefonso y otros obispos visigodos y mozárabes de Toledo* (2016, aún en prensa). A todos estos libros y artículos sería posible añadir la organización y comisariado de la exposición *Piedras vivas*, celebrada en la Catedral de Toledo en 1492. En 2010 coordinó el libro *La Catedral Primada de Toledo, Dieciocho siglos de Historia*, publicado en 2010 por el grupo editor del periódico *La Tribuna*.

RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ (1956—)

Ramón Sánchez González fue director de la Real Academia durante cinco años, entre 2010 y 2015. Salmantino de nacimiento, recaló en Toledo durante su adolescencia, tras cursar el bachillerato en Valladolid y Segovia. Estudió en la Escuela de Magisterio de Toledo y también en la Universidad Complutense, donde cursó la licenciatura en Geografía e Historia. Años después, obtendría el doctorado en Geografía e Historia (sección de Historia Moderna).

Dedicado a la docencia desde los veinte años, ha sido profesor de diferentes niveles educativos, en centros público y privados, y en distintas modalidades de enseñanza. Desde 1988 es docente de la Universidad de Castilla-La Mancha en la Facultad de Educación (y director de la Escuela de Magisterio entre los años 2000-2008); en ella ganó primero una plaza de profesor titular y posteriormente de catedrático de Historia Moderna. Es, además, profesor asociado de la UNED, habiendo completado su labor académica con la dirección de tesis doctorales, trabajos de fin de grado y trabajos de fin de máster en una cifra que supera la treintena. Aparte de la docencia, ha participado en más de veinte proyectos de investigación, financiados por el Estado o por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Ha realizado estancias de investigación y de gestión académica en Italia (Roma), Francia (Burdeos) y Estados Unidos (Universidad de Nebraska y Universidad de Dakota del Norte).

Ramón Sánchez González ingresó en la Real Academia toledana como numerario en 2003. Dos años después, fue elegido secretario de la

institución. Al finalizar el mandato fue elegido director, cargo que ejerció entre 2010 y 2015. También ha sido presidente de la Sección de Historia de esta institución. Es miembro correspondiente de las reales academias de la Historia (2011) y de Bellas Artes de San Fernando (2014), así como de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes (2014). Como director de la Real toledana, fue entre 2010 y 2015 patrono de la Real Fundación de Toledo y la Fundación El Greco 2014. Su retrato es obra de Frederik Takkenberg y se conserva en la Real Academia.

Es autor de una quincena de libros, más abundantes capítulos en obras colectivas y artículos en revistas especializadas de España, Argentina y Chile. Su línea de investigación ha estado centrada en el mundo rural, abordando temas que van desde las minorías marginadas hasta las elites sociales, pasando por cultura escrita y estamento eclesiástico. Su actividad como ponente invitado y comunicante en diversos congresos nacionales e internacionales, así como conferenciante a petición de dichos centros, ha sido intensa. Por esta labor y por sus trabajos ha sido merecedor de premios como los de la Caja de Ahorros de Toledo (1984), Conde de Cedillo de la Diputación (1984) y San Ildefonso del Ayuntamiento (1999). En 2011 recibió el Premio Andrew Heiskell por la colaboración entre la UCLM y la Universidad de Nebraska (Estados Unidos).

Entre sus publicaciones es posible mencionar *Los Montes de Toledo en el siglo XVIII. Estudio demográfico* (IPIET, 1984); *Economía y sociedad en el Antiguo Régimen. La comarca de la Sagra en el siglo XVIII* (IPIET, 1991); *La población de la Sagra en la época de los Austrias* (1993); *Iglesia y sociedad en la Castilla moderna. El cabildo catedralicio de la Sede Primada, siglo XVII* (Ayuntamiento de Toledo, 2000); *Sexo y violencia en los Montes de Toledo. Mujeres y justicia durante la Edad Moderna* (Asociación para la Integración Laboral de la Mujer en Castilla-La Mancha, 2006), y *La Compañía de Jesús y Oropesa* (Ayuntamiento de Oropesa, 2009).

ROBERTO JIMÉNEZ SILVA (1952—)

El compositor y profesor Roberto Jiménez Silva ejerció el cargo de director de la Real Academia toledana durante muy poco tiempo, apenas

un año, entre 2015 y comienzos de 2016. Durante esta etapa se encargó de gestionar el traslado de la institución desde su histórica sede de la Casa de Mesa hasta la actual, la antigua Sindicatura de Cuentas de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, en la calle de la Plata, número 20. Ha sido, por otra parte, el único director de la Real Academia vinculado al mundo de la música hasta el momento.

Nacido en Toledo, en el seno de una conocida familia dedicada al mundo del periodismo —sus padres fueron el redactor Juan Jiménez Peñalosa y la fotógrafa María Teresa Silva, pionera del fotoperiodismo en esta ciudad—, Jiménez Silva estudió la carrera de Piano en el Conservatorio Superior de Música de Madrid. Director de coros (1968) y profesor de Música desde 1986, desarrolló la mayor parte de su carrera como docente en el instituto El Greco de Toledo (desde el año 1994 hasta su jubilación). También fue, a lo largo de trece años, profesor de la Universidad de Mayores José Saramago (que depende de la Universidad de Castilla-La Mancha).

Ha sido creador y alma mater del colectivo Música Sinestésica, con el que trabaja desde 1972, transmitiendo este principio cultural consistente en la conjugación de todos los sentidos al servicio de una misma percepción. Compositor y organizador de eventos musicales con más de cincuenta trabajos en su haber, es el responsable de colecciones como *Paseos* (1977), *A Selene...* (1984), *Paisajes* (1990), *Asharhamat* (2000), *Semillas* (2012) y *Savia nueva* (2013). En 2013 publicó, a través de la editorial toledana Ledoría, el libro-manifiesto *Mi música sinestésica*. Por otra parte, jugó un importante papel en la recuperación del Canto de la Sibila, obra del siglo XIII vinculada al tradicional ciclo festivo del «Obispillo», en la Catedral.

Persona de fuertes convicciones espirituales, estudió la Diplomatura en Ciencias Religiosas en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Santa María de Toledo (2009), licenciándose posteriormente en la Facultad Teológica San Dámaso de Madrid. Su tesina, dedicada a la religiosa sor Juana de la Encarnación y Chaves, sería publicada, también por Ledoría, en 2013, con el título *Una conversación en los cielos (Libro de oración mental)*. Otros de sus proyectos más recientes son la novela *Todavía El Greco habla* (Ledoría, 2014) y la colección *Vida interior*, en colaboración con el fotógrafo Pepe Castro, dedicada a los conventos de

clausura toledanos. Durante más de quince años fue director, guionista y presentador del espacio 'Más Allá de la Historia' (Radio Santa María). Es hermano del Capítulo de Caballeros Penitentes del Cristo Redentor de Toledo y miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores.

En 2005 ingresó como numerario en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas (medalla XIX). Entre 2014 y 2015 ejerció el cargo de depositario-contador, convirtiéndose posteriormente en director hasta su dimisión por motivos personales a comienzos de 2016.

JESÚS CARROBLES SANTOS (1963—)

Con Jesús Carrobles Santos finaliza el recorrido realizado en torno a los fundadores y directores de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Inició su formación académica en el antiguo Colegio Universitario de Toledo, licenciándose posteriormente en Geografía e Historia (con la especialidad de Prehistoria y Etnología) en la Universidad Complutense de Madrid. En 1986 obtuvo por oposición la plaza de arqueólogo de la Diputación Provincial de Toledo, convirtiéndose en el primer director de su Servicio de Arqueología, así como en el responsable de la red de centros culturales de la institución. Ha dirigido diferentes proyectos de investigación arqueológica en la provincia de Toledo, en cuyo primer inventario de yacimientos trabajó a comienzos de la década de los ochenta, destacando las excavaciones en el Casco Histórico y localidades como Villafranca de los Caballeros. También ha contribuido a divulgar la riqueza arqueológica toledana mediante la organización de exposiciones y la coordinación de congresos.

En el terreno de la museología, ha elaborado proyectos como el del Museo de la Ciencia de Castilla-La Mancha (Cuenca), o la reordenación museística de la ciudad de Toledo. En este campo destaca también su participación en diferentes comités de seguimiento para el montaje de museos como el del Greco, por encargo del Ministerio de Cultura. En 2010 fue nombrado director general de la Fundación El Greco 2014, desde donde trabajó por la celebración del centenario del pintor en Toledo, Madrid, Barcelona y otras ciudades españolas.

Además de su relación con la Diputación Provincial —y con el Instituto

Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, del que fue consejero—, Jesús Carrobles ha permanecido vinculado a la Real Fundación de Toledo como patrono y miembro de su comisión de gerencia. Fue elegido socio numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo en 2012, convirtiéndose en director de la misma cuatro años después. Es, además, correspondiente en España del Instituto Arqueológico Alemán.

Es autor y coautor de más de quince monografías, entre ellas *El sistema hidráulico romano de abastecimiento a Toledo* (IPIET, 1997), *Regia Sedes Toletana* (Diputación Provincial, 2007), *Prehistoria de Toledo: los orígenes de la ciudad* (Covarrubias, 2009) y *Fortificaciones de Toledo. Las corachas del Alficén* (DB Comunicación, 2009), entre otras. Ha publicado, asimismo, más de un centenar de artículos científicos en revistas y obras colectivas editadas por instituciones españolas, alemanas, francesas e italianas. Algunas de sus investigaciones han sido publicadas en revistas de universidades españolas y extranjeras, como las de Alcalá de Henares, Castilla-La Mancha, Complutense, Murcia, Oviedo y Valladolid, y las de Heidelberg (Alemania) y La Sorbona (Francia).

BIBLIOGRAFÍA

AGUADO GÓMEZ, Rosalina y AGUADO VILLALBA, José, *Sebastián Aguado: el tesón de un artista*, Toledo, Caja Castilla-La Mancha, 1995.

ARELLANO GARCÍA, Mario, «Ramón Guerra Cortés», *Toletum*, n.º 36, 1997, pp. 143-173.

BAZÁN DE HUERTA, Moisés, *Aurelio Cabrera (1870-1937)*, Diputación Provincial de Badajoz, 1992.

CAMPOY CAMACHO, José María (coord.), *Escritos y estudios de un cronista de Lorca. Obra casi completa del presbítero José María Campoy*, Lorca, 2008.

CARROBLES SANTOS, Jesús; PORRES DE MATEO, Julio; ANDRINAL ROMÁN, Lorenzo (coords.), *Pedro Román Martínez: Toledo, fotografía y pintura*, Diputación Provincial y Ayuntamiento de Toledo, 2008.

FERNÁNDEZ VINUESA, Pilar y TAKKENBERG-KRONH, Renate, *Hierros artísticos: Julio Pascual*, Toledo, Fundación Soliss, 2014.

GARCÍA MARTÍN, Francisco, *Vicente Cutanda y Toraya (Madrid, 1850-Toledo, 1925): Un pintor entre dos siglos*, inédito.

—«Los últimos momentos de Francisco de Borja San Román Fernández (12-I-1887 / 15-VI-1942)», *Toletum*, n.º 59, 2014, pp. 357-412.

GONZÁLVEZ RUIZ, Ramón, *Lo uno y lo múltiple: homenaje a Félix del Valle y Díaz*, Toledo, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 2009, 2 vol.

—*Luz de sus ciudades: homenaje a Julio Porres Martín-Cleto*, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 2008.

—*Ars longa, vita brevis: homenaje al Dr. Rafael Sancho de San Román*, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 2006.

JIMENO CORONADO, José y JIMÉNEZ GÓMEZ, Francisco M., *El cayado roto: Narciso de Esténaga, obispo de Ciudad Real: testimonio de un pastor en tiempos de violencia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.

REBATO ARIAS, Juan Carlos; RUIZ ALONSO, José María, et al., *Biografías y semblanzas de profesores: Instituto 'El Greco' de Toledo (1845-1995)*, Toledo, 1999.

RUIZ ALONSO, José María, *La edad dorada del Instituto de Toledo (1900-1937): la educación de la mesocracia provincial*, Ciudad Real, Almud, 2005.

SÁNCHEZ CALVO, Manuel, *Vida y obra del médico toledano don Juan de Mata Moraleda y Esteban*, Caja de Ahorro Provincial de Toledo, 1977.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Ramón (coord.), *Saber y entender: homenaje a Ramón González Ruiz*, Toledo, Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 2014, 2 vol.



RAFAEL RAMÍREZ DE ARELLANO (1854-1921)
 Autorretrato (1920). Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



FRANCISCO DE BORJA SAN ROMÁN (1887-1942)
 Retrato de Rafael Ramírez de Arellano (1920). Real Academia



MANUEL TOVAR CONDÉ (1851-1921)
 Retrato de Rafael Ramírez de Arellano (1920). Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



PEDRO ROMÁN MARTÍNEZ (1878-1948)
 Retrato de Rafael Ramírez de Arellano (1920). Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



AURELIO CABRERA (1870-1936)
Autorretrato (1932)



JUAN GARCÍA-CRIADO (1848-1918)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano
(1920). Real Academia de Bellas
Artes y Ciencias Históricas



ÁNGEL MARÍA ACEVEDO (1871-1933)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano
(1920). Real Academia de Bellas
Artes y Ciencias Históricas



ADOLFO ARAGONÉS (1871-1967)



BUENAVENTURASÁNCHEZ-COMENDADOR (1872-1939)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano (1920). Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



JOSÉ MARÍA CAMPOY (1847-1934)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano (1920). Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



EZEQUIEL MARTÍN (1850-1932)
Retrato de Federico González Plaza. Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



ROBERT RUBIÓ ROSELL (1886-1962)
Retrato de Fernando Dorado. Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas



VERARDO GARCÍA REY (1872-1931)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano
(1920). Real Academia de Bellas
Artes y Ciencias Históricas



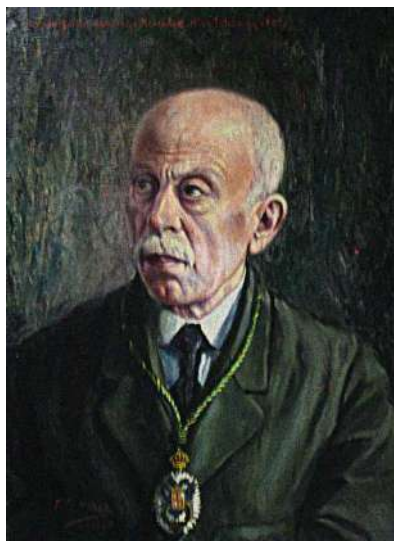
RAMÓN GUERRA Y CORTÉS (1861-1936)
Retrato de Fernando Dorado.
Real Academia de Bellas Artes y
Ciencias Históricas



HILARIO GONZÁLEZ (1853-1928)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano
(1920). Real Academia de Bellas
Artes y Ciencias Históricas



SEBASTIÁN AGUADO (1854-1933)



JUAN GARCÍA RAMÍREZ (1847-1934)
Retrato de Federico González Plaza.
Real Academia de Bellas Artes y
Ciencias Históricas



TEODORO DE SAN ROMÁN (1850-1933)
Retrato de Rafael Ramírez de Arellano
(1920). Real Academia de Bellas
Artes y Ciencias Históricas



NARCISO ESTÉNAGA (1882-1936)



VICENTE CUTANDA (1850-1925)
Caricatura publicada en la revista *La
avispa* (Madrid, 14 de marzo de 1888)



JUAN MORALEDA Y ESTEBAN (1857-1929)
Busto de Aurelio Cabrera Gallardo (1907).
 Real Academia de Bellas Artes y
 Ciencias Históricas



JULIO PASCUAL (1879-1967)
Retrato de Morera Garrido.
 Real Academia de Bellas Artes y
 Ciencias Históricas



JUAN F. RIVERA RECIO (1910-1991)
Retrato de Francisco Rojas.
 Real Academia de Bellas Artes
 y Ciencias Históricas

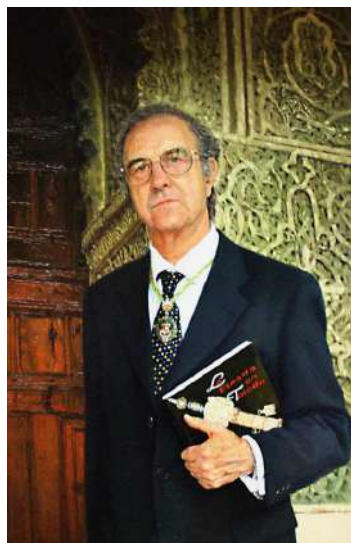


RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN (1935—)
Retrato de Juan José Mora Garrido.
 Real Academia de Bellas Artes
 y Ciencias Históricas



JULIO PORRES MARTÍN-CLETO
(1922-2011)

Retrato de Francisco Rodríguez, 'Frasco'.
Real Academia de Bellas Artes y
Ciencias Históricas
Artes y Ciencias Históricas



FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ (1931—)
Retrato de Isabel Guerra.
Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas



RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ (1928—)
Fotografía: Pepe Castro



RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ (1956—)
Retrato de Frederik Takkenberg.
Real Academia de Bellas Artes y
Ciencias Históricas



ROBERTO JIMÉNEZ SILVA (1952—)
Fotografía: Grupo Sinestésica ©



JESÚS CARROBLES SANTOS (1963—)